

# LA COCA Y LAS ECONOMIAS EXPORTADORAS EN AMERICA LATINA: EL PARADIGMA COLOMBIANO

Hermes Tovar Pinzón\*

## INTRODUCCION

El presente trabajo constituye una lectura desde la historia sobre el papel de la coca y la cocaína, en los modernos procesos sociales de transformación que viven Colombia y América Latina. En efecto queremos discutir, desde tres ángulos, algunos de los múltiples fenómenos que asombran a la sociedad contemporánea como consecuencia del espacio que ha ganado la producción y el mercado de la cocaína: la dimensión histórica, la importancia de la producción y el consumo del complejo coca- cocaína y el significado de las economías de ciclo corto en el desarrollo histórico de América Latina.

El conocimiento de estos tres aspectos es fundamental en cualquier análisis que pretenda acercarse al embarazoso mundo de simplificaciones, de slogans, de publicidad y de satanización del complejo coca-cocaína. Estos tres aspectos no han sido tratados en su interconexión, a pesar de su importancia y de la abrumadora bibli-

grafía sobre este tema<sup>1</sup>. Nosotros intentaremos delinejar la función de estas variables y acercarnos a una mejor comprensión del clima de violencia que ha rodeado a ésta y otras economías en la periferia del capitalismo.

Una bibliografía sobre el mercado ilegal de la cocaína, publicada en la Revista del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, presenta 188 títulos editados entre 1968 y 1990 en Estados Unidos y en América Latina<sup>2</sup>. La bibliografía, que no pretende ser exhaustiva, es al menos representativa del creciente interés que la producción, comercio y distribución de drogas ha ido alcanzando en el mundo. De estos 188 títulos, 134 fueron publicados entre 1986 y 1990, mientras que en la década del 70 sólo se publicaron 11 títulos. Estos indicadores apenas son un testimonio más del interés que el tema sigue teniendo en el campo de la cultura y de las letras, no solamente en las Américas sino en Europa y en otros países<sup>3</sup>.

\* Historiador, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

1 Alvaro Camacho, "Narcotráfico: economía, política y sociedad en Colombia" (mecanografiado, 1992), hace un análisis de la más reciente y notable bibliografía sobre el tema.

2 Fernando Sarmiento y Ciro Krauthausen, "Bibliografía. Sobre el mercado ilegal de la cocaína", en *Análisis Político* No. 12 (Bogotá, enero-abril, 1991), pp. 96-100. Entre 1990 y 1993 la bibliografía sigue creciendo geométricamente.

3 La producción bibliográfica sobre la cocaína no necesariamente refleja el interés por el estudio de la problemática que gira alrededor de la coca. Cf. J. Phillips y R. Wynne, *Cocaine: the mystique and the reality* (New York, 1980).

Sin embargo, el hecho de que más del 80% de los trabajos estén referidos a asuntos tales como las "guerras" entre policías y traficantes, las "amenazas contra la democracia" y la "seguridad nacional", las "extradiciones" y, sobre todo, a ligar su producción con las organizaciones armadas de izquierda, refleja la "politización del tema"<sup>4</sup>. Muestra igualmente cómo este fenómeno ha sido manipulado por los medios de comunicación y por expertos en deformar la vida cotidiana y la historia de América Latina<sup>5</sup>.

En esta tendencia a "politizar" el tema, imprimiéndole un matiz esencialmente criminal, tal vez influye el interés de la prensa mundial y de los medios de comunicación por obtener más ventas y más ganancias, más lectores y más sintonía. Una revisión de la prensa colombiana en la última década, testimonia un marcado interés por la noticia y la opinión, despreocupándose del estudio y la reflexión, sobre las causas de ese acontecer nacional. Así, es importante señalar que el periodismo, consciente e inconscientemente, se ha interesado esencialmente por el tráfico y los traficantes. Ha dejado de lado los dos extremos de la cadena: la producción y el consumo, eslabones que apuntan a explicar dos realidades: el mundo de los productores y el de los consumidores. Como la prensa constituye la fuente central de muchos de los análisis y estudios sobre la coca, los resultados no pueden ir más allá de ofrecer obras repetitivas sobre los traficantes, los transformadores y los distribuidores colombianos<sup>6</sup>, que conforman el circuito intermedio de la economía, y sus espectaculares formas de superar la legalidad. Hay un velado olvido, consciente o inconsciente, de quienes están en las zonas campesinas dedicados al cultivo o de

los que, en las ciudades, tienen sus razones para abandonar su vida al consumo de psicotrópicos<sup>7</sup>. Los estudios que se apartan de esta tendencia provienen del interés que las ciencias sociales han desarrollado por conocer el problema de la colonización en las zonas de frontera<sup>8</sup>, o por abordar las conductas sociales de migrantes y marginados rurales y urbanos.

Del cúmulo de producción intelectual sobre las drogas, es curioso notar que apenas una veintena de trabajos han querido discutir el problema desde el punto de vista estrictamente económico, es decir, analizar fenómenos relativos a la ampliación de los cultivos de coca en América Latina, a la población incorporada en esta nueva industria y, sobre todo, a los aspectos que tienen que ver con las ganancias y el destino de los altos beneficios del negocio. Sin embargo, muchos de estos trabajos se centran en problemas macroeconómicos, tratando de encontrar explicaciones globales sobre el impacto de la droga en las economías nacionales, en la política interna o en las relaciones internacionales<sup>9</sup>. Algunos de estos estudios económicos no escapan al juicio moral que veladamente pretende condenar el negocio, llamando la atención sobre su "impacto negativo". Los aspectos microeconómicos son dejados de lado, casi como una tarea para antropólogos o sociólogos, a pesar de que este tipo de investigaciones podría contribuir a comprender mejor nuestra realidad social y económica. De hecho, las razones por las cuales nuestros campesinos, colonos o cultivadores ocasionales eligen un producto y abandonan otros, dependen no sólo de las condiciones del mercado, sino de sus propias angustias sociales.

4 Leonardo Rojas Rodríguez, *Narcotráfico: incorporación económica y exclusión social, 1978-1986* (Universidad de los Andes, tesis para optar la licenciatura en Ciencia Política, Bogotá, 1989).

5 Esto es mucho más notable y penoso cuando se vive en Europa y en los Estados Unidos.

6 Poco se preocupa la prensa por los distribuidores europeos y norteamericanos.

7 Mariana Quintero T., "Drogadicción: replanteamiento y formulación de una propuesta alternativa", en *Texto y Contexto* No. 9, (Bogotá, 1986), pp. 51-67.

8 Alfredo Molano, *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare* (Bogotá, 1987); J. Jaramillo, L. Mora y F. Cubides, *Colonización, coca y guerrilla* (Bogotá, 1986).

9 Carlos G. Arrieta et alter, *Narcotráfico en Colombia: dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales* (Bogotá, 1990); Juan G. Tokatlian y Bruce M. Bagley (Comp.), *Economía y política del narcotráfico* (Bogotá, 1990); Hernando José Gómez, "El tamaño del narcotráfico y su impacto económico", en *Economía Colombiana* (Bogotá, febrero 1990), pp. 9-17.

El tema no puede ser reducido a un debate moral, conforme lo han planteado los Estados Unidos y los países aliados. Contiene otras realidades dramáticas para los latinoamericanos, que tienen que ver con la defensa de sus ingresos y con el mejoramiento de sus precarias condiciones de vida. También con la lógica del capital y del mercado, que contribuye a la consolidación de estas economías de grandes beneficios. La decisión de sectores pauperizados y pobres de la sociedad andina de cultivar coca, no es producto de su propia voluntad, sino que proviene de otros factores propios de su desarrollo y de las oportunidades que les ofrece la sociedad capitalista. El conjunto de necesidades biológicas y sociales lanza a estos sectores marginados de la economía a la órbita de la ilegalidad, con las alternativas de satisfacción rápida de cuanto el mercado siempre les negó<sup>10</sup>.

La decisión de los campesinos de ampliar o transformar pequeñas parcelas de agricultura tradicional en cultivos de coca, ha colocado a los gobiernos en la terrible encrucijada de tener que desatar una guerra contra los cultivadores, ante las presiones de los Estados Unidos para erradicar el mal en el sector de la producción y no en el del consumo<sup>11</sup>. La reciente decisión del gobierno boliviano de iniciar una ofensiva militar coordinada por la DEA<sup>12</sup>, lo que abre son días oscuros para la vida de los pueblos de Santa Ana y otras localidades productoras de coca. Otro tanto ocurre en el Perú, en donde la “doctrina Fujimori” sobre drogas intensificará penosamente la violencia entre las comunidades indígenas<sup>13</sup>.

El que un agente de la DEA haya propinado patadas a un oficial de la armada boliviana, por suponer que por su culpa no podían ser capturados los comerciantes de la droga, hace recordar viejas actitudes y lecciones del colonialismo en América Latina, puestas en práctica contra caciques o jefes locales, dejando ver la diversidad de conflictos que va engendrando esta absurda guerra a muerte que desfieren los países consumidores<sup>14</sup>. Además, pone en evidencia cómo la droga se ha convertido en una nueva ideología de agresión hacia los países débiles, una vez el “anticomunismo” ha entrado en crisis. El informe de la Subcomisión de relaciones exteriores del Senado norteamericano sobre la política exterior, los narcóticos y la represión, presentado al 100 Congreso de los Estados Unidos, en abril de 1989, concluye que el tráfico de drogas ha adquirido un carácter subversivo, pasando a ser prioritario en la estrategia de seguridad de los Estados Unidos:

El pueblo americano debe entender mucho mejor que en el pasado, cómo (nuestra) seguridad y la de nuestros hijos está siendo amenazada por la conspiración latina de la droga (que es) dramáticamente más exitosa para la subversión en los Estados Unidos, que ninguna de las que ha tenido su centro en Moscú<sup>15</sup>.

El documento no deja dudas sobre los nuevos cables ideológicos que fundamentan la lucha de los Estados Unidos contra la droga, donde la conspiración y la amenaza de los países andinos se convierte en seria amenaza, “sin precedentes” para la seguridad nacional de los Estados Unidos. Por supuesto que para la Subcomisión, la guerra no debe ser contra los “pe-

10 Históricamente el contrabando, la delincuencia común y la corrupción dentro del Estado han sido los espacios en donde se han afiliado millones de marginados, con el aval ladino de los señores de cuello blanco. Sobre la dimensión social de la droga cf. Alvaro Camacho Guizado, *Droga y sociedad en Colombia: el poder y el estigma* (Bogotá, 1988).

11 Virgilio Barco, *En defensa de la democracia: la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo* (Bogotá, 1990) contiene las penosas ideas presidenciales, que apenas sirvieron para incrementar la violencia en Colombia durante su administración (1986-90).

12 *El Tiempo* (Bogotá, 30 de junio de 1991), pp. 1A y 3A.

13 R. Rumrill, “Por qué no es viable la ‘Doctrina Fujimori’”, en *Diario La República* (Lima, 7 de diciembre de 1990), p. 19; *El Tiempo* (Bogotá, 9 de agosto, 1991), p. 8A. Brasil también ha iniciado su guerra contra el narcotráfico en el Estado de Rondonia.

14 *El Tiempo* (Bogotá, 6 de julio de 1991), p. 9A. El hecho ocurrió durante el operativo contra Santa Ana (Beni) y el agente de la DEA justificó su actitud afirmando que el oficial era un corrupto y su unidad estaba “comprometida con los narcotraficantes”.

15 Citado en Luis Alberto Restrepo M., “Estrategia norteamericana de seguridad y tráfico de drogas: lectura de un informe al Congreso de los Estados Unidos”, en *Ánalisis Político* No. 13 (Bogotá, mayo-agosto, 1991), p. 24.

queños campesinos" sino contra los grandes traficantes y, para ello, deberán utilizarse todas las "opciones políticas, económicas y, si es necesario, incluso militares, para neutralizar el creciente poder de los carteles"<sup>16</sup>.

La cruzada contra la droga le permite a los Estados Unidos violar todos los derechos humanos con el consenso de países aliados, que sufren la presión del imperio norteamericano para que actúen conforme a sus mandatos. España y Francia son los casos más singulares. Como lo ha declarado un jurista de la Universidad de Sevilla, las directrices que toma la prohibición "se han convertido en una nueva forma de presión cultural y económica de los países poderosos sobre el Tercer Mundo..."<sup>17</sup>

Los analistas de la economía encuentran que en la decisión norteamericana de hacer la guerra y no la paz, actúa una racionalidad proveniente de la necesidad de mantener muy amplia la diferencia entre los costos de producción y los precios de consumo. Equiparar los precios de consumo a los precios de la producción podría generar un incremento incontrrollable de la demanda, con las siguientes secuelas para la sociedad consumidora<sup>18</sup>. Pero como lo hemos anotado, no son razones meramente económicas, sino también ideológicas las que mueven los intereses de los Estados Unidos en torno a la droga.

A pesar del incremento de estudios rigurosos y cada vez más sólidos, uno observa sin embargo una tendencia a la realización de análisis excesivamente coyunturales y circunscritos a una visión sincrónica de la historia. La falta de una perspectiva del fenómeno que supere el acontecimiento, impide a veces una mejor comprensión de los factores que han incidido

sobre los productores para que se dediquen totalmente al cultivo de la hoja, sobre los traficantes para que establezcan sus oficinas exportadoras y sobre las fuerzas de seguridad para que criminalicen el negocio, en la forma como se hace y se practica en Colombia<sup>19</sup> y en los Andes en general<sup>20</sup>.

Es indudable que sin un análisis y comprensión del desarrollo de la vida económica, política, social e internacional de Colombia y América Latina a lo largo de su historia y, de modo especial en los últimos 50 años, no podremos contribuir a ofrecer conocimientos que puedan guiar la inteligencia de quienes tienen la responsabilidad de exterminar, preservar o legalizar este producto ancestral de nuestra América. La historia nos ha enseñado que la coca ha estado presente en la formación de economías, en la acumulación de recursos y en la creación de poderes políticos. Además, ella ha estado ligada a los intereses de los países colonizadores o que han ejercido su hegemonía sobre América Latina. En los últimos años, el cultivo de la coca y su industrialización en cocaína, reproduce formas de explotación, producción y comercialización que caracterizaron a las economías de extracción y de transición, que han sido comunes en la vida de nuestras naciones, gracias a las demandas de los países del hemisferio norte<sup>21</sup>. Veamos algunos de tales rasgos.

## 1. LA COCA Y LA FORMACION DE ESPACIOS MERCANTILES INTERNOS

La idea expuesta en ciertos trabajos de que el "narcotráfico" ya funcionaba entre los Chibchas o en el mundo prehispánico no deja de ser

16 Ibid., p. 25. También puede verse el importante informe de la Oficina de Asuntos Latinoamericanos en Washington -WOLA- ¿Peligro inminente? Las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y la guerra contra las drogas (Bogotá, 1992).

17 El País (Madrid, 18 de diciembre de 1989).

18 Carlos G. Arrieta, et. alter. op. cit.

19 Americas Watch, La 'guerra' contra las drogas en Colombia (Bogotá, 1991).

20 Bruce Bagley, Adrian Bonilla y Alexei Páez (eds.), La economía política del narcotráfico: el caso ecuatoriano (Quito, 1991); Simon Strong, "A la caza de la diosa blanca", en Lecturas Dominicanas (Bogotá, 13 de septiembre de 1992), pp. 8-10; WOLA, ¿Peligro inminente?... cit.

21 José A. Quiroga, Coca/Cocaína: una visión boliviana (La Paz, 1990).

más que una broma<sup>22</sup>, o el producto de un ejercicio intelectual vacuo. Suponer que su mascado o **acullicado** constituye una forma de drogadicción de los Andes<sup>23</sup>, es desconocer el valor cultural que la coca ha tenido entre los pueblos prehispánicos. La lucha contra el **acullíco** ha sido tan importante como la lucha contra el **esnifado** de hoy. Es necesario saber que la coca<sup>24</sup> tiene una historia y que, al menos hasta el siglo XX, estuvo esencialmente ligada a los mercados internos de América Latina. Que antes de 1492 estuvo circunscrita a fines rituales y a necesidades propias de la farmacopea y a un uso cotidiano, como consecuencia de las propiedades alimenticias que contiene la hoja. Estos mismos principios los han seguido utilizando sociedades nativas que han permanecido al margen de la “civilización”, reproduciendo los rescoldos de la cultura que Occidente no pudo destruir, después de 5 siglos de oposición y guerra a sus formas de ser y de estar<sup>25</sup>.

La coca se cultivaba en las zonas bajas de los trópicos, especialmente en las selvas del Amazonas por organizaciones tribales y sirvió para articular estructuras de intercambio entre comunidades de selva y señoríos que dominaban las alturas. Debido a su estrecha vinculación con las estructuras de poder y las necesidades de control y manejo de su producción, los Incas decidieron bajar hasta las mismas selvas del Amazonas a expandir el cultivo y a romper la

dependencia que mantenían de pueblos guerreiros e insumisos. Fue entre 1250-1315 cuando Inca-Roca envió un contingente de 15 mil guerreros a ocupar tierras aptas para el cultivo de la coca. Esta política que expandía el área de cultivo de coca fue proseguida por Tupac Inca (1471) y por Huayna Capac (1493-1525)<sup>26</sup>.

La constitución del Tawantinsuyu<sup>27</sup> obligó a muchos pueblos sojuzgados de los Andes a ampliar los cultivos de coca y extenderlos hacia las zonas bajas, para atender los proyectos tributarios de los señores del Cuzco<sup>28</sup>. Pero la presencia de la coca no se redujo únicamente a los territorios controlados por los Incas y a su infinita frontera amazónica. Otros pueblos de los Andes, del norte de Suramérica, en los actuales territorios de Colombia y Venezuela, también habían hecho de la coca un producto importante de intercambio y de tributo<sup>29</sup>. En los valles templados de Pasto se cultivaba coca<sup>30</sup> y los Chibchas recibían coca en calidad de tributo de los pueblos ubicados en las tierras calientes de los valles interandinos y de los pueblos del piedemonte llanero<sup>31</sup>. Es decir, la coca era un producto como las llamas o las viñucas, el maíz o las mantas, y recibía un tratamiento especial dentro de la política general del desarrollo económico de estas sociedades.

Las estructuras de la producción y distribución de coca existentes en el Perú y Bolivia fueron modificadas luego de la conquista. Los españo-

22 Mario Arango y Jorge Child, *Narcotráfico: imperio de la cocaína* (Bogotá, 1987).

23 Craig van Dyke y Robert Byck, “Cocain”, en *Spektrum der Wissenschaft* (mayo, 1982).

24 Remedios de la Peña Begué, “El uso de la coca en la América, según la legislación colonial y republicana”, en *Revista Española de Antropología Americana* (Madrid, 1971), vol. 6. La voz Aymara **KoKa** significa árbol o arbusto. En quechua la voz se convirtió en **kuka**. Ver *Diccionario Quechua: Cuzco-Collao* (Lima, 1976).

25 Roberto Pineda C., “Etnografía del mambeadero: espacio de la coca”, en *Texto y Contexto* No. 9 (Bogotá, 1986), pp. 113-139.

26 Daniel W. Gade, “Inca and Colonial Settlement, Coca cultivation and endemic disease in the tropical forest”, in *Journal of Historical Geography* (London, 1979) 5, 3, pp. 263-279; John V. Murra (ed.), *Visita de los Valles de Songo en los Yunka de coca de La paz (1568-1570)* (Madrid, 1991).

27 Así se llamaba la unidad política creada por los Incas, cf. John V. Murra, *La organización económica del Estado Inca* (México, 1980); Franklin Pease, *Los últimos Incas del Cuzco* (Lima, 1981).

28 Jurgen Golte, “Algunas consideraciones acerca de la producción y distribución de la coca en el Estado Inca”, en *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses* (Stuttgart-Múnchen, 12 bis 18, August, 1968), Band II Múnchen, 1970, pp. 471-478.

29 Hermes Tovar Pinzón, *La formación social chibcha* (Bogotá, 1980). Fray Pedro Aguado, *Recopilación historial* (Bogotá, 1956), p. 406, señaló que los Chibchas iban de las tierras frías a las calientes a conseguir el hayo o coca.

30 H. Tovar Pinzón (ed.), *No hay caciques ni señores* (Barcelona, 1988), p. 26.

31 Carl Henrik Langebaek, “Notas sobre el acceso a plantíos de coca en territorio muisca, siglo XVI”, en *Texto y Contexto* No. 9 (Bogotá, 1986), pp. 79-89.

les reorganizaron toda la economía indígena y ampliaron el mercado de la hoja de coca, especialmente después de 1545 cuando se descubrieron las minas de Potosí<sup>32</sup>. Al menos hasta las ordenanzas de Felipe II sobre el cultivo de la coca, dictadas en 1573, la producción y comercialización de la hoja se hizo con la población indígena encomendada a los españoles<sup>33</sup>.

En el Cuzco, por ejemplo, se siguieron enviando trabajadores a los valles de los ríos Piñi Piñi, Tono, Coshipata y Pilcopata para que cultivaran los cocales y remitieran la hoja, siguiendo los viejos caminos del Inca, hasta encontrarse en Paucartambo. Allí se almacenaba, para ser luego enviada a los depósitos del Cuzco, desde donde se iniciaba el proceso de comercialización a gran escala, atravesando grandes distancias hasta alcanzar sitios tan lejanos como eran las minas de Potosí. De una a otra ciudad se enviaban de 600 a 1.000 llamas cargadas de la hoja bendita, en un viaje que duraba 2 meses en jornadas de 15 kilómetros diarios<sup>34</sup>. Otro tanto hacían los productores bolivianos de las Yunka, deseosos de copar los mercados del altiplano boliviano y las zonas mineras del sur. Es ilustrativo el caso de García de Alvarado, cuya encomienda producía más de 2.100 cestos de coca, de los cuales “al menos el 56%” se adquirió por “dos personas (ambas activas de Potosí)”<sup>35</sup>.

La producción se desarrollaba gracias a la existencia de mitayos o trabajadores forza-

dos enviados a su cultivo y recolección, a **camayos** o gentes residentes en los cocales y a **corpas**, trabajadores libres que migraban a estas zonas a vincularse voluntariamente en la recolección y el secado de la hoja. En la sola región del valle del río Tono se reportaron en 1580, 7.000 trabajadores indígenas de todo tipo y 2.000 españoles encargados de supervisar las labores<sup>36</sup>.

La conquista española y la derrota de los Incas había introducido sistemas inhumanos de explotación en las comunidades indígenas, que sufrieron no sólo el desastre de la guerra, sino el desorden de los abastos y la prepotencia de los europeos que se erigieron en amos dedicados a tiranizar a los naturales<sup>37</sup>. El virrey Toledo quiso limitar el cultivo, por los males que causaba a los indios que trabajaban en los cocales, pero las medidas se dirigieron a evitar el crecimiento de la producción que había “disminuido el valor de la dicha coca y perdidos muchos hombres caudalosos que en ella solían tratar”<sup>38</sup>.

Las ordenanzas de 1573, relativas al “beneficio y aprovechamiento de la coca”, buscaron limitar a 500 cestas (unos 5.000 kilos)<sup>39</sup> el volumen de coca cultivada en cada mita y regulaban las relaciones entre empresarios y trabajadores en los cocales. Las disposiciones se orientaron a mejorar las condiciones de vida de los **yanaconas** y **corpas**, mandando que se les diera habitación adecuada y mudas de ropa para evitar las enfermedades derivadas de tener

32 Peter Bakewell, **Mineros de la montaña roja** (Madrid, 1989); Luis Miguel Glave T., “La hoja de coca y el mercado interno colonial: la producción de los trajines”, en J.V. Murra **Visita de los valles...** cit., pp. 583-608.

33 Ruggiero Romano, “Una encomienda coquera en los yungas de La Paz (1560- 1566)”, en **Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social** 1 (Lima, 1983), pp. 57-88.

34 Daniel W. Gade, “Inca and colonial...”, cit.; Ruggiero Romano y Geneviéve Tranchard, “Una encomienda cocalera en los Yunka de La Paz (1560-1566)”, en J.V. Murra (ed.), **Visita de los valles...** cit., pp. 609- 632.

35 R. Romano y G. Tranchard, op. cit., p. 615.

36 Ibid.

37 Nathan Wachtel, **Los vencidos: los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)** (Madrid, 1976); Steve Stern, **Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española Huamanga hasta 1640** (Madrid, 1986).

38 Francisco Toledo, **disposiciones gubernativas para el Virreinato del Perú 1569-1574** (Sevilla, 1986), p. 113, “Provisión para que no se planten más chácaras de coca”, Cuzco, 15 de marzo de 1571.

39 Hay que tener en cuenta que en el siglo XVIII un cesto podría contener 8-10 kilogramos, pero a finales del XIX y comienzos del XX, el cesto tenía un peso de 28 libras en las zonas de producción y 25 para la comercialización. Es decir que el comerciante ganaba 3 libras. También para efectos de cálculos, 3 unidades de hoja verde hacen una unidad de hoja seca, cf. María Luisa Soux de Wayar, “Apuntes sobre la producción y circulación de la coca yungueña a principios del siglo XX”, en **Historia y Cultura** vol. 11 (La Paz, abril 1987), pp. 117- 125. Véase también Francisco Toledo... cit., pp. 231-244, “Ordenanzas para la coca de los Andes del Cuzco”, Cuzco, 3 de noviembre de 1572.

que trabajar con sus trajes húmedos. Junto con estas medidas, se limitaba el tiempo de las mitas, se prohibía cargar a los indios con cestas de coca desde los valles coqueros a los centros de distribución en los Andes y se mandaba no pagar el salario a los caciques sino a los indios de coca<sup>40</sup>.

Las ordenanzas lo que hacían era racionalizar el uso de la fuerza de trabajo en uno de los sectores básicos de la economía colonial. Como decía el Rey, la coca era uno de los sectores “más principales que hay en ella”. A su vez, la minería se convirtió en el sector que demandaba buena parte de este producto. Un racimo de medianos comerciantes llevaba la coca desde el Cuzco y otros centros de producción hasta los trabajadores de minas. Este sector de transportistas y de distribuidores se encargaba de su venta en Potosí y en las ciudades mineras del Perú. El circuito, que conectaba los valles agrícolas del Perú con zonas mineras del Alto Perú, tuvo en esta región sus propios espacios de producción y comercialización.

Aun en el Nuevo Reino de Granada la coca fue a mediados del siglo XVI, “la cosa de más sustancia” que hubo en este Reino para sus naturales y para los encomenderos que cobraban de ella los tributos. Hablando de Soatá se afirmó que era la provincia más importante de la coca o hayo que había en la provincia de Tunja. Se decía que el encomendero Pero Vásquez tenía granjerías de hayo o coca que compraba y vendía junto con otros bienes de la tierra<sup>41</sup>. En el siglo XVII Soatá y la provincia de los Sutagaos se consideraban “Las partes más fértils de esta hoja...”<sup>42</sup> y las tasaciones tributa-

rias de varios pueblos fijaban el pago en arrobas de hayo<sup>43</sup>.

En el Alto Perú o Bolivia, los rescatadores o “cocatakis” iban desde el altiplano a las Yungas (tierras calientes) y recogían coca para venderla en las minas. Este sistema rudimentario de comercialización servía de aorta a los terratenientes, que se fueron apropiando de las tierras de las Yungas, desplazando a las comunidades indígenas<sup>44</sup>. En Bolivia, esta región de 9.000 kilómetros cuadrados, con sus ejes de Chulimani y Coripata, se constituiría en el centro más importante de la producción de coca hasta el siglo XIX<sup>45</sup>. Sin embargo las Yungas no eran la única zona de cultivos importantes en los Andes. En el Cuzco haciendas azucareras, que a fines del siglo XVIII entraron en crisis, optaron por cultivar coca, de tal manera que entre 1785-9 su producción pasó de 273.876 kilogramos a 580.000 kilogramos de coca<sup>46</sup>. En 1786, en la región de las Yungas en Bolivia, había 345 haciendas dedicadas a cultivar coca para Potosí. Su producción alcanzaba unos 2 a 3 millones de kilogramos<sup>47</sup>, es decir, 2 a 3 mil toneladas. En esta región, especialmente en Coripata, surgió una de las fuerzas políticas más importantes de la vida boliviana, como lo fueron los terratenientes coqueros<sup>48</sup>. Estos hacendados alcanzaron su poderío a fines del siglo XVIII y lo mantuvieron hasta bien entrado el siglo XX:

...cuando el gobierno de Santa Cruz reconoció oficialmente a la Junta de Propietarios de Yunga como vocero del grupo y además, con impuestos especiales a las exportaciones de coca, construyó y mantuvo la red caminera. Entre 1860 y 1870, hasta 1950, esta

40 Archivo General de Indias (Sevilla), **Audiencia de Lima** 570, “De oficio Perú, desde 14 de octubre de 1572 hasta 11 de enero de 1587”, sobre las “ordenanzas de la coca” dadas en Madrid por el Rey Felipe II a 11 de junio de 1573.

41 A.H.N. (Bogotá), **Encomiendas**, 15, f. 593v.

42 Lucas Fernández de Piedrahita, **Historia General del Nuevo Reino de Granada** (Bogotá, 1942), t. I, p. 38.

43 Martha Herrera Angel, **Formas históricas del poder: los corregidores, la formación de los mercados internos y los orígenes del clientelismo y el compadrazgo, Provincia de Santafé, siglo XVIII** (Bogotá, mecanografiado, 1993), pp. 155-9.

44 Herbert S. Klein, “Producción de coca en los Yungas durante la Colonia y primeros años de la República”, en **Historia y Cultura** vol. 11 (La Paz, abril 1987), pp. 3-16.

45 René Bascopé Aspiazu, **La veta blanca, coca y cocaína en Bolivia** (La Paz, 1982).

46 Magnus Mörner, **Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la Colonia** (Lima, 1978), pp. 76-82 y cuadro XLI.

47 H.S. Klein, “Producción de coca...”, cit., p. 7.

48 René Bascopé Aspiazu, **La veta... cit.**

junta hablaba a nombre de los hacendados de la coca. Ella se convirtió no sólo en un grupo de presión a nivel nacional y una empresa de obras públicas para la construcción de caminos, sino que también apoyó la construcción de ferrocarriles, tranvías y electrificación rural en las principales poblaciones yungueñas. De hecho se convirtió en un gobierno dentro de otro gobierno y, asimismo, controló la política local<sup>49</sup>.

Tenemos pues que la historia nos enseña que la coca no fue un producto clandestino, sino más bien que los fundadores de la civilización Inca buscaron controlar su producción y ampliaron el espacio cultivado, lo cual creó sistemas laborales nuevos y formas administrativas que el Estado prehispánico puso en marcha para su recolección, transporte y abasto. Luego, los españoles usaron esta estructura y articularon nuevos espacios, especialmente los circuitos que desplazaban productos de las zonas coqueras a los centros mineros. Muy temprano, luego de la caída de los Incas “Los empresarios más dinámicos establecieron plantaciones de coca a lo largo de los límites orientales de Huanta”, en la región de Huamanga (Perú)<sup>50</sup>. No había clandestinidad, sino que la coca se convirtió en símbolo de riqueza y de poder de las familias terratenientes que abastecían a los trabajadores de los grandes mineros, tal como aún lo hacían a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX los hacendados de la provincia de Huánuco (Perú), que abastecían de coca a los mineros de Cerro de Pasco<sup>51</sup>.

Todo este proceso que recorrió la Colonia y el siglo XIX desembocó en la república boliviana, en la fundación de la Corporación de Productores de Coca de Bolivia S.A. (Colcalivia, S.A.), Sociedad de Propietarios de los Yungas, creada en 1940, con el fin de controlar el cupo de 500

mil kilogramos de coca que Argentina demandaba para los indios braceros que emigraban al norte de ese país<sup>52</sup>. Estos empresarios argentinos encontraron en la coca un medio de acumular riquezas y, de paso, ampliaron el espacio mercantil de las rutas de la coca.

Fue esta tradición la que motivó al régimen del presidente Banzer a tratar de utilizar los recursos “provenientes del cultivo de la coca” y su industrialización, entre 1976 y 1978, en proyectos de desarrollo de la economía boliviana<sup>53</sup>. Para ello la coca debía salir del ghetto de sus mercados internos y del masticado de los naturales, para convertirla en cocaína para otros mercados “más civilizados”. La coca, transformada en cocaína, se lanzaba por los inagotables caminos del comercio internacional. Su expansión fue tan grande que en 1983 se consideraba que 80 mil pobladores del Chapare se habían vinculado a dicho negocio y que sus intermediarios se constituyan en un verdadero “poder dentro del Estado”<sup>54</sup>. Se calculaba incluso que desde 1985, el 7.1% de la población boliviana se había movilizado “en torno a la producción y comercialización de la hoja de coca”. Pero estimativos más refinados, elaborados en 1988, señalaban que unas 703 mil personas, o el 11.7% de la población boliviana, se había articulado con el “macrocircuito de la coca-cocaína”<sup>55</sup>.

## 2. EL SIGLO XX: COCA, PODER Y MERCADOS INTERNACIONALES

En los estudios sobre el proceso productivo de la coca, anterior al siglo XX, el peso de la in-

49 H. S. Klein, “Producción de coca...”, cit., p. 13.

50 Steve Stern, *Los pueblos...* cit., p. 72.

51 Carlos Contreras, *Mineros y campesinos en los Andes* (Lima, 1988), p. 41.

52 René Bascopé Aspiazu, *La veta...* cit., p. 22.

53 Ibid., pp. 67-9; algunos colegas bolivianos no comparten este punto de vista de R. Bascopé Aspiazu. Lo que sí es evidente es la expansión del cultivo de la coca luego de 1975. Según José A. Quiroga, *Coca/cocaína...* cit., p. 20, en la región del Chapare “Entre 1976 y 1982 la producción de coca se incrementó en un 1.100%”. Sobre otros aspectos de la política boliviana relacionados con el desarrollo de la cocaína cf. C. Amorin/S. Blixen, “La narco-DEA y la narco-CIA”, en *América-Cambio* 16 No. 1107 (Madrid, 8 de febrero de 1992), pp. 12-14.

54 Basilia La Fuente, *Coca y cocaína, una visión distinta* (La Paz, 1986), pp. 52-3.

55 José Antonio Quiroga T., *Coca/cocaína...* cit., pp. 44-45.

vestigación se ha puesto más en la producción y menos en conocer todos los mecanismos de la intermediación. La historia de este producto hasta los años de 1960 se ha interesado muy poco por los arrieros y trajinantes. En cambio, como contraste con dicha tendencia, en los tiempos recientes se ha puesto un mayor énfasis en la intermediación y en los comerciantes. Los dos extremos de la cadena, la producción y el consumo, parecen interesar menos al mundo de los analistas y de los políticos de hoy<sup>56</sup>. Esta paradoja parece responder a la capacidad del gran capital para influir sobre el desarrollo de las ciencias sociales y presionar la generación de cierto tipo de estudios, en detrimento de otros, mediante mecanismos de financiación.

Hasta 1975 la coca circuló por entre los espacios internos de los Andes suramericanos, contribuyendo a articular mercados que se extendían desde la selva a los Andes y a la costa de países como Perú, Bolivia y Colombia. Regiones como las Yungas bolivianas y peruanas y zonas calientes de Ecuador y Colombia, proporcionaban las hojas a traficantes e intermediarios interesados en redistribuir el producto entre consumidores nativos de las minas, las haciendas, los obreros y los mercados populares. Ciertos mercados internacionales generados después de la independencia de las colonias americanas, estuvieron ligados a satisfacer necesidades farmacéuticas y, en menor escala, a atender exigencias de grupos excéntricos. Por ejemplo, los mercados que se abrieron a principios del siglo XX hacia la Argentina, estuvieron vinculados con la demanda de coca de los trabajadores bolivianos que emigraron a las haciendas cañeras del norte de la Argentina. Allí se exportaba sólo el 12% de lo producido en las Yungas bolivianas<sup>57</sup>. La coca que iba fuera del espa-

cio regional andino a principios del siglo XX, apenas alcanzaba el 1% del total y era realizado por "casas comerciales de La Paz" hacia Estados Unidos y Europa<sup>58</sup>.

Después de 1975, fecha que coincide con el fracaso de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam, la cocaína ha sido objeto de una creciente demanda por parte de las sociedades del norte de nuestro hemisferio, desplazando a la marihuana, al LSD y a otras drogas en los mercados de los grandes núcleos urbanos de la sociedad occidental<sup>59</sup>. Como en el pasado, América Latina descubrió un nuevo mercado en el exterior, iniciándose un ciclo impredecible de exportaciones, con efectos deformantes sobre la estructura interna en los procesos de selección de los espacios a explotar, la distribución de las tierras de cultivo, la formación de mercados de trabajo, la aparición de intermediarios y comerciantes locales, la formación de grupos financieros vinculados al capital externo y la redistribución del capital acumulado entre sectores modernos de la economía<sup>60</sup>.

De ser un producto de circulación interna, la coca, transformada en cocaína, se convirtió en un producto de circulación internacional. Esto no significa que la coca no haya continuado con sus movimientos nacionales, viajando aquí y allá, por entre los caminos abandonados de los Andes en busca de sus consumidores tradicionales. Ocurre que ahora han aparecido consumidores con capacidad de compra, en otras latitudes y nuevos empresarios dispuestos a satisfacer su demanda. La nueva relación no se ha establecido entre clases altas y clases bajas, sino entre países pobres y países ricos<sup>61</sup>.

Pero aunque la historia de los mercados de América Latina ha tenido que ver con la de-

56 Jean Ziegler, *La Suisse Lave Plus Blanc* (París, 1990); Fabio Castillo, *La coca nostra* (Bogotá, 1991).

57 H.S. Klein, "Producción de coca...", cit., p. 8.

58 María Luisa Soux de Wayar, "Apuntes sobre la producción y circulación de la coca yungueña a principios del siglo XX", en *Historia y Cultura* vol. 11 (La Paz, abril 1987), p. 124.

59 Si la guerra del Vietnam le abrió el mercado a la marihuana, el fin de la guerra lo sustituyó por el de la cocaína, Alvaro Camacho G., *Droga...* cit., pp. 45-7.

60 Mylene Sauloy, "Historia del narcotráfico colombiano a través de sus relaciones con el poder", en *Quinto Congreso de Historia de Colombia: programa de Ciencias Sociales* (Bogotá, 1986), pp. 523-559.

61 Antoine Desjardins, "Coca in, Coca out", en *Cahiers des Amériques Latines* No. 6 (París, 1987), pp. 12-31.

manda externa de nuestros productos, la diferencia con este nuevo mercado de la cocaína no es el patrón de dependencia, sino el carácter delictivo con que se le ha rodeado por parte de las autoridades de los países consumidores<sup>62</sup>. La cocaína es el primer producto masivo de exportación que es manejado por grupos marginados de la sociedad latinoamericana. Salidos del anonimato, estos nuevos actores del Tercer Mundo pueden demostrar su capacidad empresarial. Clases bajas y empobrecidas de la sociedad latinoamericana, habitantes del desempleo y de la ausencia de oportunidades, están prestos a incorporarse a los mercados subterráneos e informales con el fin de lograr el ascenso que la sociedad en general les niega. Estos actores ligan su historia al contrabando, a las esmeraldas, a la marihuana y a otras formas delincuenciales<sup>63</sup> que han estado presentes en toda la historia de América Latina desde 1492, pero que adquirieron un significado especial después de 1960. Fue por esta época cuando se vivió un nuevo cuadro de convulsiones y transformaciones, como consecuencia del ingreso de sectores medios y bajos a la escena política. Estos sectores reclamaron una redistribución del ingreso y el acceso a mejores oportunidades económicas.

Las grandes empresas multinacionales se benefician del negocio, gracias a la creciente demanda de insumos químicos para la transformación de la hoja en base de coca y en cocaína de alta pureza. Es importante anotar que la experiencia de la coca se asocia a la forma como la sociedad y la economía latinoamericanas han manejado sus recursos de origen vegetal, animal o mineral. Tales manejos han estado ligados a un desarrollo estructural que ha vinculado el continente a los intereses de los paí-

ses del hemisferio norte, siempre atentos a buscar en el hemisferio sur recursos para su bienestar. Al final, los países promotores de estos mercados se han quedado con un alto volumen de las ganancias, tal como ocurre hoy día con la cocaína.

### 3. LA COCA Y LAS ECONOMIAS DE EXPORTACION DE CICLO CORTO

América Latina, después de 1810, buscó articularse con mercados de exportación capaces de garantizar su estabilidad económica interna. El resultado de estos esfuerzos fue el surgimiento de economías de exportación de ciclo corto, hasta que surgieron productos de tendencia secular. Entre estos dos movimientos cíclicos se ha inscrito la historia de nuestras localidades, de nuestras regiones y de nuestras naciones. Dependiendo siempre de lo que demanda el mundo desarrollado, desatamos guerras civiles, dimos curso a reformas constitucionales y pusimos en práctica políticas represivas de todo orden, para asegurar los productos que interesaban a nuestros compradores. Así, nuestra historia económica de prosperidad y crisis ha estado montada sobre una historia social de conflictos agudos<sup>64</sup>. Son éstos los ojos de nuestro rostro, es éste el paisaje que debemos mirar para la comprensión de la formación económica y social de nuestras naciones<sup>65</sup>.

En América Latina el surgimiento y consolidación de productos vinculados a la formación de ciclos de tendencia secular, permitió el desarrollo de infraestructuras de caminos, transportes y puertos, en función de las rutas que debían recorrer las materias primas que iban

62 En los Estados Unidos el F.B.I. combatió la mafia del alcohol, la C.I.A. a los comunistas y la D.E.A. a los empresarios de la cocaína.

63 Hernando Ruiz Hernández y José Fernando López Latorre, "La balanza cambiaria negra: transacciones ilegales del comercio exterior", en *Carta Financiera* No. 47 (Bogotá, Oct.-Dic., 1980), pp. 195-224.

64 Charles W. Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1900* (Durham, 1978).

65 J.P. Deler y Y. Saint-Geours (Comps.), *Estados y naciones en los Andes: hacia una historia comparativa: Bolivia - Colombia - Ecuador - Perú* (Lima, 1986) 2 vols.; Heraclio Bonilla (Comp.), *Los Andes en la encrucijada: Indios, comunidades y Estado en el siglo XIX* (Quito, 1991); Roberto Cortés Conde, *The First Stages of Modernization in Spanish America* (New York, 1974).

al exterior<sup>66</sup>. En otros términos, los modelos de desarrollo estaban orientados “hacia afuera”, hacia los países consumidores. Es verdad que estos productos de ciclo secular contribuyeron a la estabilidad política y a la llamada “unión nacional”. También contribuyeron a fortalecer el mercado interno y a consolidar la formación de nuevas economías regionales. Los ciclos de larga duración de nuestras economías actuaron en espacios que lograron colocarse a la vanguardia de nuestros desarrollos, dejando otros espacios a las eventualidades de un producto que pudiera ofrecer alternativas económicas a sus habitantes. De esta forma, el ciclo de larga duración no liquidó la presencia intermitente de los ciclos cortos y especulativos, los cuales seguirían rondando de tiempo en tiempo, como pestes de antaño, las diferentes regiones de nuestra América. El carácter desigual y combinado de nuestras economías tiene que ver con estos fundamentos orgánicos de nuestra vida económica<sup>67</sup>.

Así, en el siglo XIX, antes de que se encontraran estos productos de ciclo secular, antes de que las economías latinoamericanas se estabilizaran, los países se vieron envueltos en la búsqueda de bienes que ofrecieran una alternativa a lo construido por el mundo colonial<sup>68</sup>. En Colombia, por ejemplo, hubo quienes propusieron articular los logros del sistema colonial, intentando desarrollos regionales complementarios, de tal manera que se pudiera satisfacer primero la demanda interna de la población nacional y luego exportar los excedentes. El comercio de Bogotá sostenía con res-

pecto a este modelo, que “un pueblo debe tener a la mira no depender de otro en lo que es indispensable para subsistir”<sup>69</sup>.

Quienes creían en las bondades de un modelo que respondiera a las necesidades del mundo exterior, opusieron el libre comercio a la protección, y la iniciativa de la empresa privada a la intervención del Estado. Al final, estas economías de exportación irrumpieron sobre zonas nuevas, generaron una movilización de trabajadores de regiones de cultivos tradicionales, e incorporaron nuevas tecnologías. De otra parte, la naturaleza diferenciada de nuestras sociedades hizo que los ingresos provenientes de estos sectores se transfirieran del tabaco a la quina, de la quina al añil, a los productores de armas en el extranjero o a las industrias nacionales en formación. También tuvo como consecuencia el que los capitales acumulados apenas sirvieran para el enriquecimiento de unas pocas familias, como le ocurrió a Bolivia con sus minas de plata<sup>70</sup>, o a Colombia con sus empresas caucheras.

La explotación de la coca y su transformación en cocaína, se ubica entonces en el contexto de las economías de exportación de ciclo corto propias del siglo XIX. Estas economías, representadas en el tabaco colombiano, en el guano peruano y en el caucho boliviano, fueron con otros productos, como el añil y la quina, ejemplos clásicos de los fracasos de sociedades locales ilusionadas por la demanda de mercados extranjeros, que lanzaron a empresarios y financieras criollas a destruir el bosque para ob-

- 
- 66 Hernán Horna, *Transport Modernization and Entrepreneurship in Nineteenth Century Colombia: Cisneros and Friends* (Upsala, 1992); Theodore E. Nichols, *Tres puertos de Colombia: estudio sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla* (Bogotá, 1973).
- 67 Sobre la economía de los primeros años del siglo XIX cf. Heracio Bonilla, *Un siglo a la deriva, ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra* (Lima, 1980); Antonio Mitre, *Los patriarcas de La Plata, Estructura socioeconómica de la minería Boliviana en el siglo XIX* (Lima, 1981) y T. Halperin, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850* (Madrid, 1985); José A. Ocampo y Santiago Montenegro, *Crisis mundial, protección e industrialización: ensayos de historia económica colombiana* (Bogotá, 1984).
- 68 José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910* (Bogotá, 1984). La actual crisis cafetera parece estar mostrándonos el fin de un ciclo de larga duración y el comienzo de nuevas alternativas para la economía colombiana, en donde la amapola alterará como un nuevo ciclo corto de exportación de heroína. Otros países vinculados con la producción de banano, también empiezan a vivir el fin de una tendencia secular.
- 69 Citado en Hermes Tovar P., “La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)”, en J.A. Ocampo (ed.), *Historia económica de Colombia* (Bogotá, 1987), p. 109.
- 70 Antonio Mitre, *Los patriarcas...*, cit.

tener la resina, la corteza o los frutos de la tagua. O les invitaron a llegar hasta las tierras calientes de los valles colombianos, para convertir en un vendaval de esperanzas la vida de miles de hombres y mujeres, que dejaban colgar sus ilusiones del perezoso espiral de un fumador de Hamburgo o de Amberes.

Las economías de ciclo corto pueden clasificarse en dos tipos: las que operan sobre espacios centrales y las que se desarrollan en fronteras aisladas. Las primeras llegan a convertirse momentáneamente en los ejes de las exportaciones y de la transformación económica nacional. Ejemplo de esto fue el tabaco colombiano<sup>71</sup> y el guano peruano<sup>72</sup>. Las segundas, operan en los bosques y selvas alejados de los centros urbanos, en donde se dificultaba la intervención del Estado. Así, estas áreas se convirtieron en espacios jurisdiccionales de empresarios nacionales y extranjeros. El vacío que deja el Estado es ocupado por estos empresarios portadores de progreso y de violencia. Es el caso de la famosa Casa Arana y de otros caucheros menos poderosos, que fueron capaces de trastornar la vida de regiones enteras<sup>73</sup>.

En estas sociedades con sus nuevas economías de caucho, quina<sup>74</sup> o añil<sup>75</sup>, los niveles de violencia adquieren matices de brutalidad. Se dice que la economía del caucho en Colombia dejó más de 100 mil indígenas muertos, y asolados muchos valles y riberas de las selvas del Putumayo, Vaupés y Caquetá<sup>76</sup>. Un sólo ejemplo ilustra los climas de destrucción que rodea-

ban la sociedad encargada de extraer y comerciar este tipo de productos. En 1903 se denunció el asesinato de 25 indios en la Chorrera. Después de haber entregado la goma a uno de los subadministradores de la Casa Arana se dio "...orden de que cada indio fuera envuelto en un saco empapado en petróleo, al cual se prendió fuego inmediatamente"<sup>77</sup>. Una vez más el capitalismo en América Latina mostraba su carácter sangriento, pues gracias a esta violencia pudo acumular recursos para el bienestar de múltiples empresarios criollos y extranjeros, y contribuir al bienestar de la sociedad industrial en expansión.

A pesar de la variedad de situaciones que presenta cada caso en particular, puede señalarse que, en general, las economías de ciclo corto se caracterizan por irrumpir en zonas campesinas o indígenas, demandando un producto que hasta ese momento sólo había servido para configurar mercados muy localizados y satisfacer meros usos domésticos. Esta irrupción viene acompañada de capital, con el cual se adquieren nuevas tierras, se instalan centros de transformación del producto y se generan nuevas relaciones de trabajo. Los pequeños propietarios son expropiados de sus tierras y convertidos en peones o en productores dependientes de los grandes compradores. Aparecen dueños de grandes unidades que reclutan nuevas gentes, las cuales llegan a ampliar y a diversificar el campo laboral. La inmigración y la demanda de trabajo "calificado", genera un alza de los salarios o de las rentas de trabajo.

71 Luis F. Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX* (Bogotá, 1971); Jesús A. Bejarano y Orlando Pulido, *Notas sobre la historia de Ambalema* (Ibagué, 1982), pp. 103-176.

72 W.M. Mathew, "Perú and the British Guano Market, 1840-1870", en *The Economic History Review* (Welwyn Garden City, England, april, 1990), Second series, Vol. XXIII, No. 1, pp. 112-128; Heraclio Bonilla, "Dimensión internacional de la Guerra del Pacífico", en *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra* (Lima, 1990), pp. 153-176.

73 Sobre las brutalidades de la Casa Arana y el clima de violencia que caracterizó la explotación del caucho puede leerse Vicente Olarte Camacho, *Las cruelezas de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá* (Bogotá, 1932); *El libro rojo del Putumayo: Relación histórica de los crímenes y atrocidades cometidos por los peruanos contra los indios y colonos colombianos del Putumayo* (Cali, 1932); Camilo Domínguez y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia Colombiana, 1850-1930* (Bogotá, 1990).

74 Yesid Sandobal B. y Camilo Echandía C., "La historia de la quina desde una perspectiva regional: Colombia 1850- 1882", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* Nos. 13-14 (Bogotá, 1985-6), pp. 153-187.

75 Francisco J. Alarcón y Daniel G. Arias, "La producción y comercialización del añil en Colombia 1850-1880", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* No. 15 (Bogotá, 1987), pp. 165-209.

76 Félix Artunduaga Bermeo, *Historia del Caquetá* (Florencia, 1984), p. 67 "...tribus enteras desaparecieron, otras en doliente nomadismo habían tenido que huir adentrándose a la selva. Los muertos se calculan en cien mil indígenas".

77 *El libro rojo del Putumayo... cit.*, p. 81.

La escasa disponibilidad de alimentos para una población que se hincha, duplicándose o triplicándose, incrementa el consumo de bienes disponibles en aldeas con recursos alimenticios bastante limitados, lo que termina por generar una rápida inflación de los precios. Adicionalmente, las bonanzas satisfacen necesidades y frustraciones aplazadas, que deforman el orden social, dando lugar a la proliferación de actividades tales como la prostitución, el juego, el exagerado consumo de licores y de bienes suntuarios.

Este reordenamiento de la demanda y el consumo, arrastra los excedentes hacia una capa de empresarios y comerciantes, que hacen su “agosto” con estos auges de ciclo corto. Normalmente, los beneficios de la explotación no se quedan en la región, sino que se transfieren a otras localidades y a centros metropolitanos. Así, las sociedades productoras comparten un clima de violencia, sin que queden obras de infraestructura social que sustenten unas mejores condiciones de vida para la población, si no mera ruina, abandono, soledad y aislamiento. En zonas aisladas y eminentemente indígenas, se generan sistemas de endeudamiento por un incremento del trueque, el cual conduce a la población a formas de dependencia personal que rayan en la esclavitud misma. Sobre la ruina de las aldeas, con sus bonanzas que se desinflan, han quedado junto a centenares de gentes pauperizadas, algunas familias o grupos enriquecidos que forman una “neo-oligarquía”, la cual tarde o temprano se incrustará con todos sus valores en la vida local, regional y nacional<sup>78</sup>.

Esto es lo que se conoce como bonanza tabacalera, cauchera, quinera o añilera o, en los tiempos modernos, como bonanza “marimbera”<sup>79</sup> y bonanza coquera. Por ejemplo, en Ambalema, capital del tabaco en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX, tras los empresarios llegaron las damiselas a darle colorido y erotismo

a los prostíbulos, que absorbían gran parte de los beneficios nominales de los trabajadores. Un poco más al sur y unos años después, con el “boom” del caucho, el pueblo de La Ceja (actual municipio de Acevedo, Huila) se convirtió en un centro de descomposición, que en nada se asemejaba a una aldea con proyectos de desarrollo. El poblado era “Un burdel de vicios, una zahurda de foragidos... un infierno... de gentes inicuas y perversas”<sup>80</sup>, afirmaba, un tanto escandalizado, un testigo de la bonanza cauchera. De Acevedo partían los contingentes de caucheros en busca de las gomas que permitirían la práctica de esta vida de lisonjas.

Los pueblos convertidos en las capitales de las bonanzas, se ensanchaban. Nuevos edificios marcaban la fastuosidad, junto al rancherío de paja y de bahareque, mientras por las calles polvorrientas se anuncianaban los nuevos gustos y las nuevas modas con que se iba a las fiestas y a los centros de reunión popular. En La Ceja, frontera del caucho,

De día y de noche se escuchaban por doquier flautas, tiples y guitarras interpretando bambucos y pasillos; los bailaderos y las cantinas permanecían siempre llenos y nunca cerraban sus puertas. Los caucheros llegaban de la manigua –que allí debía parecer lejana y nebulosa, hija de febril imaginación– entregaban la resina, recibían su pago, cancelaban sus deudas y con el excedente anclaban en las cantinas. Allí dormían y comían y solo salían a la calle para pelear a revólver, puñal o barbera. Y peleaban a la antioqueña: cogían un “raboegallo” de cada punta y en sangriento acto de crueldad se propinaban machetazos hasta que uno de los contendientes –y muchas veces juntos– caían sin vida<sup>81</sup>.

A estos cuadros repetidos del mundo social que diseñaba la economía de extracción o de exportación, se unían otros fenómenos en los poblados. Los personajes de la localidad eran desplazados de los centros de las ceremonias

78 El concepto de neo-oligarquía fue sugerido oportunamente por el profesor Alvaro Camacho.

79 Anif Marihuana, legalización o represión (Bogotá, 1979); Mylene Sauloy, *op. cit.*, pp. 533-536; Alvaro Camacho G., “El significado económico de la marihuana”, en *Droga... cit.*, pp. 99-100.

80 Citado en Félix Artunduaga B., *op. cit.*, pp. 62-3.

81 F. Artunduaga, *op. cit.*, p. 63.

aldeanas y los nuevos señores afiliaban su riqueza a un nuevo poder, el poder local, vinculado al poder territorial y al poder nacional. Con el dinero venía el bullicio, el licor, el vicio y las nuevas costumbres, contra todo lo cual se afinaban las prédicas repetidas de los curas, que habían visto cómo se esfumaba su aldea, entre una modernidad pagana que ellos se negaban a aceptar y que más bien combatían, al denunciar los centros de lenocinio, la corrupción y el abandono de Dios. En fin, sus prédicas en torno a la moral pública que estructuraba el orden social tradicional, se perdían entre el silencio, los confesionarios y la algarabía de estos polos de desarrollo, que el capitalismo industrial inducía a la vida vacua en alejados rincones del trópico. Al final, estas economías de ciclo corto habían introducido profundas grietas en el comportamiento social de las gentes de los poblados que vivían la bonanza.

Pero un día, en Amsterdam, en Hamburgo, en Londres o en Nueva York, se daban cuenta de que el tabaco ambalemuno o el caucho amazónico podía producirse en otra región o que sencillamente la producción superaba la demanda. Tal vez la razón de las deliberaciones tenía que ver con la alteración de las calidades de los productos exportados. O con los avances de la química que lograba sintetizar algunos de estos productos. Entonces se decidía bajar los precios o acudir a otros mercados. Esta decisión sonaba como un taco de dinamita capaz de derrumbar aquel edificio de sueños y colores levantado a orillas del río Magdalena, en las selvas del Putumayo, en el Beni boliviano o en cualquier región ardiente suramericana.

El pueblo de Ambalema, como capital del tabaco, quedó reducido a su tierra caliente, reproduciendo su soledad un día violentada. El polvo de los caminos ya no se levantaba sobre el horizonte anunciando caravanas de viajeros y traficantes, ni el río Magdalena se tragaba el humo de los champanes cargados de frutos,

viajeros y esperanzas. La crisis de la quina y el caucho dejó "en un estado de ruina y de desolación" al pueblo de La Uribe<sup>82</sup>. El cura Párroco añoraba, 60 años después, la ocasión perdida con el auge de la quina. Cuando llegaron los empresarios de este producto "la región iba colonizándose rápidamente para los colonos" y el pueblo creció con rapidez, pues se habían hecho grandes fundaciones por las compañías Lorenzana y Montoya, y Herrera y Uribe. Pero luego de la muerte de los fundadores faltó organización, pues con la riqueza se amistó el libertinaje y nacieron "no pocos hijos e hijas: el primogénito fue el despilfarro, y si guieron los demás nada mejores; una niña fue la última que se llamó la 'ruina'"<sup>83</sup>. El cura creía que la culpa de toda la crisis radicaba en la inoperancia de los colonos y no en las condiciones del mercado, que habían llevado la bonanza quinera hasta estas "inmensas llanuras", para luego tragársela entre las aguas de una tempestad de ilusiones o en los laboratorios de química de una universidad extraña del mundo desarrollado.

Desde hace más de 100 años Ambalema arrasta el recuerdo de sus ferias, aunque su tabaco aún se fuma y se masca por generaciones que desconocen su historia. Esta misma pobreza se evapora junto al sol del Caribe, que tuesta sus rayos entre los habitantes de Ciénaga, la capital del banano, y que también vivió su feria de ilusiones<sup>84</sup>. El mismo olvido que tejen las lianas sobre la selva de Manaos o del Vaupés, y otros lugares, escenarios florecientes del caucho. Y en La Uribe, cada mañana, se traza una cruz sobre la guerra interminable que no cesa.

Aún faltan en América Latina todas las historias de estas bonanzas. Los enriquecimientos rápidos y sobre todo el auge y la decadencia de pueblos perdidos en el trópico, y que nadie recuerda hoy porque ni siquiera han sido habilitados para el turismo. La creencia de que toda esa parafernalia que estructura el ciclo corto forma parte de sociedades idas, es mentira. El

82 Camilo Domínguez y Augusto Gómez, *La economía...* cit., p. 52.

83 A.H.N. (Bogotá), *Mingobierno* (República sección 4a.), 1918, Tomo 807, ff. 160r. a 164r.

84 Judith White, *La United Fruit en Colombia: Historia de una ignominia* (Editorial Presencia, Bogotá, 1978); Gabriel Fonnegra, *Bananeras, testimonio vivo de una epopeya* (Bogotá, 1980).

fracaso de un desarrollo sustentado sobre ciclos de larga duración y sobre proyectos de industrialización, parece haber dejado a millones de gentes al borde del camino para que retornen a la selva húmeda, a las vegas fértiles y a las yungas en busca de productos que demanda el nuevo orden mundial.

Nuevos gustos y nuevas necesidades hacen germinar las ilusiones perdidas en el trópico y en sus selvas. Quienes patentaron el tabaco, el cacao, el café y las frutas tropicales, parecen haber perdido la onda de los tiempos, y se empeñan ahora con sus herederos en controlar los mercados de los nuevos vicios. Ahora llegan con su magia primitiva el cannabis y la coca, y no sabemos por cuántos siglos o cuántas décadas sobrevivirán para enriquecer a Occidente, y dejar en los países productores recuerdos pasajeros de un tiempo de bonanzas con sus ríos de whisky, con sus muertos y sus héroes agonizantes, y con sus leyendas de fastuosidades efímeras.

Estas historias apenas se diluyen en la vida diaria del Caribe, de las vertientes andinas y de la selva amazónica. Hasta allí llegaron un día los nuevos traficantes para fundar las capitales del cannabis y la coca, cuyos pilares eran adornados con capitales de promesas de un enriquecimiento fácil. Entre el cristal de este vacío, que recorre las aldeas alejadas de Colombia y de los Andes, la marihuana y la coca siguen repisando caminos abandonados para levantarle monumentos a la ilusión y a la esperanza. Nuevos ciclos cortos renuevan la fe de los marginados, que aspiran con los nuevos empresarios a conquistar una montaña de oro blanco. Con ella suponen que podrán erradicar todas las demandas insatisfechas, y abrir los canales de la riqueza, como si unos y otros fueran los jinetes de las nuevas huestes, ansiosos de hacer realidad el encuentro de un Dorado posible e inasible. Y en este galope por la riqueza, ha sido

necesario arrancar de la niebla un nuevo foso de violencia, pegado intrínseca e ineludiblemente a este tipo de economías.

En conclusión, este dilema que históricamente nos ha ligado al mundo del desarrollo, ha reproducido nuestra mayor contradicción política, cual es la de profundizar los lazos de dependencia, mientras se promueve la modernización de zonas tropicales de América. Hasta ahora ni los mercados internos de la Colonia, ni las economías de ciclo corto o de ciclo secular nos han ofrecido verdaderas alternativas para el desarrollo económico de nuestra sociedad. Apenas ha sido posible que los economistas más generosos nos clasifiquen como países en "vías de desarrollo", un eufemismo que esconde el drama de nuestras verdades sociales y económicas. Unas economías informales y subterráneas parecen mover el otro brazo que nos ata a la tierra y a la verdad, para que los de arriba y los de abajo puedan sobrevivir en este mundo de agudas contradicciones.

Estos cuadros deformantes de la realidad, propios del siglo XIX y ajenos a la conciencia de quienes aún no aprenden de la historia, tienen su eco en el siglo XX con el "boom" de la marihuana<sup>85</sup> y de la coca<sup>86</sup>. Uno y otro producto se inscriben en los contextos básicos que otrora, en el pasado, definieron el desarrollo de otros productos tropicales. Estos mismos efectos parece que comienzan a vivirse en nuevas regiones de Colombia con el cultivo de la amapola<sup>87</sup>.

Cultivable en climas templados de las cordilleras andinas, la amapola atrae a miles de campesinos a pueblos y aldeas del Tolima, Huila y Cauca seducidos por mejores salarios. Tras ellos están llegando otras gentes que se acomodan en cuartos aislados y en calles estrechas, reproduciendo los viejos fenómenos sociales de otros tiempos. En menos de 6 meses la población de Gaitania (Tolima) creció en un 30%.

85 Hernando Ruiz H., "Implicaciones sociales y económicas de la producción de la marihuana en Colombia", en ANIF, *Marihuana...* cit., pp. 107-228.

86 También es necesario anotar cómo el café y el banano viven sus ciclos de bonanza y de crisis.

87 "La Flor Maldita", en *Semaná* No. 488 (Bogotá, Sept. 10-17, 1991), pp. 22-27, en donde se destacan las zonas de cultivo, las operaciones policivas en 1991 contra la flor y las posibles relaciones entre los traficantes de coca y la guerrilla con el mercado de la heroína en Colombia y el mundo.

"Los obreros de la amapola son, en su mayoría, campesinos y colonos desengañados del Cauca, el Caquetá y los Llanos Orientales"<sup>88</sup>, regiones donde antes floreció la coca. Las gentes de la región y sus autoridades denuncian fenómenos nuevos para ellos, pero presentes en todos estos "boom" desde el siglo pasado: alteraciones de los salarios, cambios ecológicos y deformaciones sociales y políticas. "La gente teme que comience a correr como potro desbocado la violencia, porque donde hay plata mal habida, hay sangre"<sup>89</sup>. El Consejo Nacional de Estupefacientes ha calculado en 20 mil el número de hectáreas de amapola cultivadas en territorio colombiano, advirtiendo que en la expansión del producto incide la estructura salarial, que reconoce 3 dólares diarios (1.800 pesos) para un jornalero, en la zona de Río Negro, Municipio de Iquira (Huila), mientras que los cultivadores de amapola "pagan aproximadamente 14 dólares (8.500 pesos)" diarios<sup>90</sup>.

Tras el negocio llega la D.E.A. con su portafolio de estrategias, presionando nuevas guerras y analizando todas las semillas y tecnologías del cultivo que deberán ahogarse en más sangre y más fungicidas sobre los Andes. Una vez que el rumor de la alta pureza de la heroína colombiana irrumpa en los Estados Unidos, los miembros de sus agencias escribirán en sus informes que enfrentan "uno de los desafíos más grandes hasta hoy"<sup>91</sup>. Así, estos agentes americanos se mantendrán como actores de alto riesgo dentro del conflicto colombiano. "De hecho el papel que desempeña la agencia norteamericana contra los estupefacientes (DEA) es comparable al de la CIA en el mundo entero, y al FBI en el territorio estadounidense"<sup>92</sup>.

A todas estas denuncias que presentan los autores de crónicas de prensa, como fenómenos propios del nuevo producto que censuran, se mezclan razones que calibran, no sólo la aparición de una nueva economía, sino las raíces que fundamentan estas decisiones que, en últimas, propicia el mercado. Así, mientras una hectárea de café deja en dos años dos millones de pesos<sup>93</sup>, "una de amapola deja seis millones en cuatro meses", es decir, 36 millones en dos años (54 mil dólares). En otras palabras, 18 veces más que el café<sup>94</sup> que, por lo demás, ha logrado los precios más bajos del mercado internacional, mientras Colombia decide aceptar la ruptura del pacto cafetero. La decisión de Estados Unidos y de los países consumidores de no apoyarlo ha generado múltiples dramas al sector<sup>95</sup>.

De esta forma, las economías de ciclo corto han ido entremezclando su inestabilidad con las economías de ciclo largo, en un juego de equilibrios y desequilibrios que han ido marcando la vida de los grandes y pequeños empresarios, de los financieros y de los asalariados, siempre atentos a acudir allí donde el mercado anuncia mejores salarios, rentas y beneficios. Son estos rasgos de las economías dependientes los que las hacen a veces ininteligibles para los que sólo miran el mundo desde su propio costado. Entonces la moral es un buen camino para aplastarlo todo.

#### 4. LA COCA Y EL "BOOM" DE LAS ALDEAS AMAZONICAS Y ANDINAS

En estos tiempos cercanos al milenio, el turno le corresponde nuevamente a la selva, la mis-

88 Jorge González, "Amapola: jaque al café...", en *El Tiempo* (Domingo 2 de febrero de 1992), p. 3B.

89 Ibid., p. 3B. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que estas zonas del Tolima han sido focos de conflictos armados continuos desde 1950.

90 *El Tiempo* (Bogotá, 19 de abril de 1992), pp. 13A. El cambio del dólar corresponde a esa fecha.

91 Edgar Torres, "La DEA y la heroína en Colombia", en *El Tiempo* (Bogotá, domingo 18 de octubre de 1992), p. 3A.

92 Alvaro Camacho G., *Droga...* cit., p. 25.

93 Unos 3.000 dólares en febrero 2 de 1992.

94 Es indudable que hay que tener en cuenta el incremento de los salarios, que pasaron de 2.000 pesos diarios a 8 mil (de 3 a 6 dólares diarios) y otros gastos en insumos y "seguridad", para poder calcular los verdaderos niveles de rentabilidad que de todas maneras deben ser muy superiores que los del café. Los datos son dados por Jorge González, "Amapola..." cit., p. 3B.

95 Luis Alberto Lopera, "¿Adiós al pacto cafetero?", en *El Tiempo* (Bogotá, domingo 2 de febrero de 1992), p. 6C. Resalta los esfuerzos hechos por Colombia para salvar el pacto y su consiguiente frustración.

ma que en otra época recibió a aventureros y empresarios que buscaban caucho, quina o añil. La diferencia de la coca y la marihuana con aquellas economías de corto "boom", propias del siglo XIX, radica en la naturaleza que determina la demanda y en el origen de quienes controlan su producción y transformación. Al ser elevados a la categoría de productos de demanda "ilegal", por parte de los países consumidores, se ofreció la oportunidad de revestir todo el proceso económico, desde su cultivo hasta su consumo, de un manto de clandestinidad y de criminalidad. Con esto se extendió la tarjeta de presentación social que la ligó a submundos, a poblaciones que tenían más para ganar que para perder, en operaciones que ofrecen en apariencia apreciables ventajas económicas<sup>96</sup>. Los protagonistas de estas actividades fueron nuevos actores sociales y económicos, ansiosos de no dejar perder su oportunidad y de superar la marginalidad y exclusión a que les sometían las clases dominantes convencionales<sup>97</sup>.

Por lo demás, lo que hemos señalado para las economías de ciclo corto del siglo XIX, parece repetirse en las pequeñas aldeas de la selva amazónica y en aquellos lugares que vuelcan su vida a un negocio, que llega como cualquier profeta anunciando el fin de las miserias y el comienzo del reino de todos los gustos y vanidades que el mundo, en todas sus formas, ha negado hasta entonces:

En poblados en donde antes no pasaba nada y el tiempo parecía no discurrir, de pronto aparecieron mujeres a la última moda, ruidosas discotecas, costosos vehículos, lujosas fincas y un movimiento notarial de propiedad sin precedentes. El cura o el político ocasional empezaron a perder su liderazgo frente a humildes nativos, que después de haber

abandonado silenciosamente el pueblo, retornaron con nuevos modales, repartiendo ostentosamente amistad y favores. Y con ellos llegarían sus amigos, para multiplicar aquel inicial impacto, despertando ambiciones represadas o dormidas en jóvenes que poco esperaban de la vida<sup>98</sup>.

Todo esto ocurría en Urabá y en Medellín y sus alrededores, cuando llegó la coca, a finales de los setenta, ofreciendo posibilidades de convertir a marginados en intermediarios de un negocio lleno de dólares y de futuro. Esto mismo ocurría en la Costa Atlántica, desde la Guajira hasta Urabá, cuando la marihuana irrigó de dólares las calles de las grandes ciudades y de los pequeños poblados del Caribe.

Pero si esto ocurría en pueblos y barriadas en donde se reclutaban transportadores y traficantes, es decir el sector encargado de comunicar los dos extremos de la cadena, productores y consumidores, ¿qué ocurría allí donde se producía? Esto nos parece importante, ya que nos remite al conocimiento de las condiciones económicas y sociales que incidieron sobre la decisión de una sociedad local, de vincularse a la producción de la materia prima que llegaba ofreciendo mejores ingresos.

#### a. En una zona de indígenas

Es ilustrativo el caso del Vaupés. Una región apartada del oriente de Colombia, en donde la coca era usada por los nativos para sus ritos<sup>99</sup>. En 1978, comenzaron a aparecer hombres blancos y "cabucos" interesados en comprar sus cosechas. Al intervenir su producción, los indígenas se vieron precisados a ampliar la frontera cultivada, a fin de satisfacer la demanda generada por los nuevos compradores.

96 Mario Arango J., **Impacto del narcotráfico en Antioquia** (Medellín, 1988). En esta obra resulta interesante el estudio de una pequeña muestra de 20 "empresarios" de la cocaína, en el que se indican sus orígenes, expectativas y actitudes.

97 Alvaro Camacho G., "Cinco tesis sobre narcotráfico y violencia en Colombia", en **Revista Foro** (Bogotá, septiembre 1991) No. 15, pp. 69-71; Mylene Sauloy, "Historia..." cit., pp. 547-9, denominó el proceso de acumulación y de redistribución social que hicieron estos personajes recientemente enriquecidos como "el ascenso de los vulgares". Ellos cumplían una función que los dueños del Estado nunca hicieron, preocupándose por condenarlos desenfundando el arma de la moral, arma que cae sobre su propio cuello como espada de Damocles.

98 Mario Arango J., **Impacto...** cit., p. 98.

99 François Correa R., "Coca y cocaína en Amazonia colombiana", en **Texto y Contexto** No. 9 (Bogotá, 1986), pp. 91-111.

Los empresarios de la coca atrajeron a otras gentes que llegaron a comprar las tierras de los indios. Con este asalto a su propiedad territorial, los nativos, envueltos en este remolino de demanda creciente de la coca, terminaron por convertirse en peones en sus territorios tradicionales.

La adquisición de tierras y la demanda de la hoja de coca vino acompañada de nuevas técnicas para su cultivo, que significaron la mejora de los suelos, la selección de las semillas y el uso de herbicidas. Con esta nueva estructura de propiedad y de cultivo, se inició en el Vaupés una fase expansiva de la producción de coca, que se extendió entre 1978-1983. Al ascenso le siguió una caída de la producción en 1984, y una leve recuperación en 1986. Sobre una base 100, en 1978, el precio de la arroba de coca pasó a 375, en 1982, para bajar a 31 en 1984 y volver a 188 en 1986. Es posible que la caída de 1984 esté ligada a la operación desatada por el gobierno de Betancur contra los traficantes de cocaína y que condujo a la operación que desmanteló los campamentos y plantaciones de Yarí (Caquetá), Orocué (Meta) y Amorúa en jurisdicción de Santa Rosalía, en el Vichada<sup>100</sup>. Indudablemente que la caída de los precios internacionales también fue un factor importante en esta coyuntura de crisis, que afectó a otros poblados de la selva<sup>101</sup>.

Estos ocho años de "boom" o de bonanza coqueara en el Vaupés, no sólo convirtieron a los indígenas en peones en lugar de propietarios, sino que otros terminaron como recolectores en lugar de cosecheros. Con estos cambios en la estructura laboral se afectaron las estructuras de la organización comunitaria. Los nuevos colonos y aventureros de toda laya, atraídos por el dinero pusieron en marcha el acoso y la presión sexual,

abriendo las puertas a la prostitución de las mujeres indígenas. En un ambiente de descomposición de la comunidad, los indígenas se volvieron consumidores de lanchas, licores y armas de fuego. Por primera vez, en siglos de marginalidad, una planta ritual como la coca, les otorgaba como por hechizo los excedentes suficientes para consumir bienes provenientes del mundo de los blancos.

Todo este cuadro de cambios conduciría a una crisis de alimentos en el Vaupés entre 1983 y 1984. Para cerrar el paisaje de cambios y traumas, este mundo que se tejía en el silencio, de repente se vio rodeado de un universo bullicioso, en donde los patrones de conducta se vieron alterados por el ir y venir de gentes de rostro forastero entre callejuelas y prostíbulos. La embriaguez y los homicidios eran parte de esa nueva vida que terminó por corromper a las autoridades y por hacer que las guerrillas se erigieran en las reguladoras de la moral y de las buenas costumbres.

Entre tanto, otros sectores de la economía colombiana vivían y disfrutaban los efectos reflejos de una expansión de la coca en un pequeño rincón de la selva colombiana. Los vuelos de aviación se incrementaron, no sólo por el aumento de pasajeros que iban y venían, sino porque a un lugar tan alejado y aislado del centro del país, era necesario transportar los alimentos, la gasolina y los productos químicos que servían de insumo al proceso de producción y transformación de la coca, tales como la acetona, el éter, la soda liviana, el permanganato y el ácido sulfúrico, venidos de los laboratorios de Europa y los Estados Unidos<sup>102</sup>.

100 *El Tiempo* (Bogotá, 12 de marzo de 1984), p. 1; *El Colombiano* (Medellín, 15 de mayo de 1984), p. 12A.

101 Estos ciclos pueden ser estacionales y vagan por las aldeas del oriente de Colombia evitando la configuración de una crisis generalizada. Según A. Molano, op. cit., pp. 98-100, en Calamar (Guaviare), aldea de 2.000 habitantes, en julio de 1982 el kilo de base se vendía a 800 mil pesos y subió luego hasta 1 millón, para caer en enero de 1983 a 200 mil y en mayo a 80 mil pesos. Entre julio y enero la aldea presenció la euforia de un cultivo en expansión, seguido de una saturación y de la contracción de todas las actividades ligadas al negocio.

102 En casi todas las operaciones contra centros productores de cocaína, la policía retiene este tipo de insumos. Por ejemplo, en una operación que destruyó 2 millones de plantas de coca en el Putumayo, la policía informó que hasta principios de agosto de 1985 había interceptado 6.075 galones de acetona, cf. *El Tiempo* (Bogotá, 10 de agosto de 1985), p. 3A. También puede verse *Policía antinarcóticos una década de esfuerzo* (Bogotá, 1991). Esta publicación afirma que entre 1984 y 1990 se decomisaron 5'638.171 galones de insumos químicos, aunque no especifica el tipo.

Pero en esta bonanza de hombres, vicio y dinero, no sólo acumulaban los empresarios de la coca, sino los sanos empresarios del transporte aéreo, los sistemas financieros, los contrabandistas, los empresarios de alimentos y las empresas multinacionales de la química. El capital del combatido alcaloide ha sido capaz de irrigar de exuberantes ganancias toda la piel y las venas de la economía colombiana y de la economía mundial. Este mercado, en sus círculos mágicos de oferta y demanda, ha envuelto a los más puros defensores de la sana empresa y de la doble moral.

La crisis de esta zona no provino, como en el siglo XIX, de una mera decisión en el extranjero. O tal vez sí, si no desdeñamos el papel de los Estados Unidos y el carácter “narcotizante” de nuestra diplomacia. El gobierno colombiano, dispuesto siempre a dar palos de ciego, decidió iniciar una campaña militar contra grupos guerrilleros que compartían los beneficios de la coca en la zona. Pero el ejército no actuaba contra el vicio sino contra la subversión política. La presión militar hacía peligrosa la explotación de la coca en la zona. La selva era como el mundo de Ciro Alegría, ancho y ajeno. El “boom” podía desplazarse a otro rincón amazónico, en donde redistribuir millones de dólares, arrancados de las calles de las ciudades norteamericanas. Con ellos, otros colonos e indígenas podrían atender las demandas centenariamente insatisfechas, al menos por unos años, pues luego volvían a sumirse en el abandono y aislamiento propios de la naturaleza del Estado colombiano.

### b. En una zona de colonos

El impacto de la coca en economías marginales, lo representa también el Bajo Caguán<sup>103</sup>.

Esta región fue objeto de inmigración desde antes de 1965 y, como todo sistema de colonización espontánea en Colombia, se realizó por gentes que sobrevivieron a todos los conflictos armados de los años precedentes o que fueron lanzadas por el desempleo hacia una frontera ilusa para forjar un futuro<sup>104</sup>.

Sin posibilidad de acceder a los mercados nacionales, estas zonas de colonización generan sus propios circuitos comerciales, en los que los puntos de concentración urbana más próximos a los asentamientos dispersos, se convierten en abastecedores temporales de bienes y artículos complementarios para la alimentación y el trabajo. Estos pequeños poblados actúan como núcleos civilizadores y representan el punto de contacto con el Estado, con el progreso y con la “civilización”<sup>105</sup>.

La coca ingresó a esta zona de colonización en 1976 y generó un proceso similar al del Vaupés, con la diferencia de que los actores fueron colonos y no indígenas. El impacto no se hizo esperar. De 1.345 personas dispersas en un área de 350 mil hectáreas<sup>106</sup>, se pasó a 30 mil habitantes en 1981 y a 50 mil en 1985<sup>107</sup>. Un crecimiento que superaba cualquier predicción en el curso de una década. En lugar de las 260 hectáreas disponibles por cada individuo en 1965, se pasó a 7 hectáreas por persona, 20 años después. El millar de personas que entre 1965 y 1975 luchaba por sobrevivir, se transformó, por milagro de la coca, en 50 mil aventureros que vivían a la expectativa de mejorar sus condiciones de vida. Un colon recuerda que con la coca

103 J. Jaramillo, L. Mora y F. Cubides, *Colonización...*, cit.

104 Jorge Renal Pulecio Yate, *Aspectos socio-económicos de la actual colonización del Caquetá* (Monografía de Grado para optar el título de Economista, Universidad Nacional, Bogotá, 1981); José Jairo González Arias y Roberto Ramírez Montenegro, “De la Colonización a la violencia en el Caquetá”, en *Quinto Congreso de Historia de Colombia...*, cit., pp. 209-225.

105 Véanse las interesantes discusiones sobre la fundación del pueblo Colono (Meta) en 1971, presentadas por el profesor Hernando Camargo, “Colono: fundación de un poblado en la selva amazónica”, en *Revista U.N.* No. 10 (Bogotá, abril de 1972), pp. 139-170.

106 A cada colon le correspondían 260 hectáreas, lo que da una densidad ínfima, agravada por la naturaleza inhóspita de la selva.

107 J. Jaramillo et alter op. cit., pp. 114 y 124.

...comenzó el problema de la montaña (la selva), pues comenzaron a tumbar por todas partes y también comenzó a llegar gente de distintos rincones del país, a buscar refugio en estas selvas para hacer sus cultivos y se oía el decir de las gentes que esto sí servía para el pobre...<sup>108</sup>.

¿Cuáles fueron las razones que hicieron cambiar la economía de la región haciendo posible una atracción masiva de población? La economía de subsistencia es una forma de marginalidad, mucho más si ella se encuentra alejada de los centros de comercio y sin una ágil infraestructura de comunicaciones<sup>109</sup>. La población de colonos cultivaba yuca, maíz y plátano, bases de la alimentación campesina en Colombia, la cual tradicionalmente se ha combinado con una ganadería familiar de porcinos y bovinos. A este tipo de agricultura se unió el cultivo de la caña de azúcar y el cacao, que había tenido su auge antes de la bonanza de la coca<sup>110</sup>. Eran pequeños granjeros, a cuya economía familiar unían algún medio de transporte animal o acudían al transporte fluvial.

Sin embargo, era muy difícil comercializar los excedentes dejados por las cosechas debido a los altos costos de transporte. Con ello, la región se convertía en una economía de auto-subsistencia y autoconsumo, con pocas posibilidades dinamizadoras hacia el exterior. Con la coca arribó el capital, tan necesario para transformar cualquier empresa. Llegaba el dinamismo, el impulso, el *take-off*. Pero con el dinero llegó un flujo notable de "aventureros, colonos, comerciantes, vendedores ambulantes y jornaleros", para formar una población flo-

tante que podía ascender "a un 30% o 40% de la población total de la zona"<sup>111</sup>. Los colonos encontraron rentable cultivar la hoja cuyos rendimientos eran mejores que los del maíz, la yuca y los plátanos. Un colono que había llegado a la región a comienzos de los años 60, dejó explícito este fenómeno cuando contó que,

...estas tierras aquí no compensan el gasto con la producción que uno siembra, porque si se siembra maíz o arroz, vale más la siembra y la cogida que lo que le van a dar por ello. Entonces, por instinto de conservación la gente sembró coca<sup>112</sup>.

La razón de este viraje es comprensible. Un predio producía, por ejemplo, 10 cargas de maíz al año, que dejaban un ingreso bruto de 12.000 pesos colombianos. Ese mismo predio podía producir 100 arrobas de coca, que representaban para el dueño un ingreso bruto de 350 mil pesos al año. ¿No es tentador entonces cambiar un cultivo por otro cuando las ganancias son 30 veces más? Pero no termina aquí el razonamiento elemental de un campesino envuelto en este remolino de ingresos nunca imaginados. Por ejemplo, la yuca era más rentable que el maíz. Un predio producía 150 cargas de yuca, que dejaban un ingreso bruto de 75.000 pesos colombianos. Es decir, seis veces más que el maíz, pero cuatro veces menos que la coca<sup>113</sup>. ¿Por qué no sustituir entonces yuca y maíz por coca? Si, como sostenía un colono, la gente se sentía rica "con platica y no se acordaba de plátanos, yuca, arroz, ni de marranitos, ni de los perros de cacería"<sup>114</sup>, entonces ¿por qué sorprendernos de la expansión de este cultivo?<sup>115</sup>

108 Citado en J. Jaramillo *et alter*, op. cit., p. 110.

109 Sobre la colonización del Caquetá puede verse Félix Artunduaga Bermeo, *Historia general del Caquetá* (Florencia, 1984) y también Jorge Reinel Pulecio Yate, *Aspectos socio-económicos...*, op. cit.

110 J. R. Pulecio Y., op. cit., pp. 104-124.

111 J. Jaramillo *et alter*, op. cit., p. 74.

112 Citado en *Ibid.*, p. 111.

113 *Ibid.*, p. 116, Cuadro No. 1. Los ingresos netos, descontados los costos de producción, eran para una hectárea-año de maíz, yuca, plátano y coca de 8.500, 71.500, 43.975 y 249.100, respectivamente.

114 Citado en *Ibid.*, p. 111.

115 Razones similares han motivado a la población boliviana, que entre 1976 y 1986 se desplazó hacia el Chapare. El presidente Jaime Paz Zamorano sostenía que "una hectárea de coca rendía en 1987, 6.400 dólares a un campesino de la región del Chapare, mientras que la hectárea de café dejaba 1.500 dólares, la de plátanos 600 y la de maíz, 300", *El Mundo* (Santa Cruz, 14 de noviembre de 1989), p. 1, citado en Eliana Castedo Franco y H.C.F. Mansilla, *Proyecto: Volkswagen-Stiftung II/65 155* (Informe período 1.11.89 - 31.1.90 Berlín).

Estas consideraciones hechas por los campesinos de la región nos dejan ver además, a la luz de la realidad, que todos los beneficios aparentes no iban a engrosar sus arcas. Es indudable que el costo de la vida subió en la región como consecuencia del aumento de la demanda de alimentos básicos. Pero las ventajas de la coca como producto alterno no radicaban sólo en los beneficios finales. Al permitir unos ingresos mayores, la población de colonos podía sentir que múltiples demandas eran satisfechas. Así ellas fueran superfluas e improductivas.

Este fenómeno poco considerado en los procesos de acumulación, es muy importante en sociedades y personas que ante un abismo histórico de demandas insatisfechas aspiran, ante el incremento súbito de sus ingresos, en primer lugar, a cubrir con los excedentes todas las necesidades que la vida les fue negando. Esta es una de las razones por las cuales los productores, y aun quienes se dedican al comercio y contrabando de la coca, invierten un alto porcentaje de sus rentas en lujos y excesos que generan el desprecio de sociedades, grupos y clases acomodadas, porque entre ellos la brecha entre la oferta y la demanda cotidiana ha sido históricamente más equilibrada.

Cuando los excedentes no son constantes, sino breves y efímeros, los portadores de esta nueva riqueza quedan al final sin un capital acumulado o representado apenas en una serie de bienes muebles e inmuebles. Sólo la disponibilidad de dinero abundante y permanente le permite a estos nuevos grupos, conocidos como "clases emergentes", superar el mundo de los gustos que tanto promociona la sociedad capitalista. En economías de "booms" cortos, es decir, que ni siquiera cubren una generación, es muy difícil cerrar estas brechas que el mercado, las clases y la concentración de rentas crea entre gentes de bajos ingresos.

Es esta demanda insatisfecha la que deforma las decisiones de estas clases pobres y campesinas, poniendo en funcionamiento un consumo de bienes y servicios superfluos, incluidos aquí la prostitución, los juegos, los licores y la adquisición de bienes que apenas constituyen los fundamentos de los equipajes normales de una familia en una sociedad de consumo. Se pudo observar que,

En la etapa más álgida de la bonanza de la coca se calculaban para Cartagena del Chairá, centro urbano literalmente inundado de bares, discotecas y establecimientos similares, a donde acudían colonos y jornaleros de lugares distantes, una población de aproximadamente 400 prostitutas, en un poblado que para la época, no registraba más de 500 casas<sup>116</sup>.

Esta feria de vanidades repite lo que hemos observado para otros poblados del siglo XIX y principios del XX, vinculados al tabaco, la quina, el añil y el caucho. El fenómeno se calca con las bonanzas de la marihuana y de la coca, en ciclos deformantes y traumatizantes de la realidad social, como respuesta lógica al impacto que tiene el capital sobre zonas marginales del mundo, en donde aparecen productos que repentinamente ingresan a las esferas del buen gusto y el consumo de las sociedades desarrolladas. Estas nuevas clases, en conclusión, son víctimas del "efecto demostración" de cuanto ofrecen nuestras burguesías.

Pero a la expansión de los años posteriores a 1975, siguió igualmente una época de crisis. Esta tuvo lugar hacia 1982, en esta zona del Caguán, como consecuencia de las operaciones militares desatadas por razones políticas de lucha contra el narcotráfico y la guerrilla, que llevaron a la dispersión y traslado del cultivo de la hoja a otras regiones de Colombia. La sobreproducción de coca y posiblemente la reducción del precio al por mayor de la cocaína en Estados Unidos<sup>117</sup>, completaron los rasgos

116 J. Jaramillo *et alter*, op. cit., p. 78, nota 54.

117 Hernando José Gómez, "Economía ilegal en Colombia: tamaño, evolución, características e impacto económico", en *Economía y Política...*, cit., p. 65, sostiene que "La información de precios al por mayor en Colombia no es publicada por ninguna entidad en forma sistemática. No obstante, parece ser que el precio cayó dramáticamente, por lo menos un 50%, entre 1982 y 1983 debido a que el incremento de las exportaciones desde Colombia saturó el mercado".

de esta coyuntura de crisis, que también recorría los poblados del Vaupés y del Guaviare. Un testigo, actor en este teatro del desengaño, nos pinta el modo como la caída de los precios de la pasta comenzó a desdibujar todo este castillo de ilusiones, tal como estaba ocurriendo en otros poblados de la región amazónica. Su relato es elocuente y triste mientras nos devuelve la película de lo que se vivía en la selva:

Bueno, empezó el llorido de la gente, pues cuando antes una persona se compraba media vaca, ahora se compra media libra de "boge"; los que tomaban tanto trago, ahora venden dulces en la calle; ...los que compraban remesas por toneladas ahora la llevan en un morral; los que hablaban de millonadas, ahora hablan de centavos... los que rompián los billetes en las cantinas borrachos, hoy se lamentan de la plata que rompián<sup>118</sup>.

Como en el Vaupés, muchos indígenas de esta región del Caguán fueron víctimas de la bonanza. El efecto de descomposición de la cultura indígena provino del enriquecimiento de algunos nativos que ingresaron al consumo suntuario, incluidas lanchas con "motores fuera de borda, lo que les daba un altísimo estatus" y les sacaba de su comunidad. Pero pasada la bonanza "los motores se deterioran por falta de uso, pues sus dueños no tienen con qué comprar combustible para moverlos"<sup>119</sup>.

Esta inversión del mundo de la riqueza y del poder pasajero, confirma cómo la introducción de capital sin planificación deforma los centros productivos y genera escenarios de violencia y de descomposición de patrones culturales. A toda esta economía ficticia se une la transferencia de un alto porcentaje de los excedentes a otras zonas de Colombia y del mundo, sin dejar posibilidades de despegue y de construcción de infraestructura para estas aisladas regiones del trópico, que han visto esfumarse otra oportunidad de articulación de sus espa-

cios al Estado Nacional y a los proyectos de bienestar de la humanidad.

Digamos, como conclusión, que todos sabemos algo sobre el impacto global de la coca en el mercado mundial. Desconocemos, sin embargo, el impacto en las economías perdidas de la selva amazónica, en donde comunidades abandonadas por el mundo y por el Estado colombiano luchan apenas por sobrevivir. La coca ha supuesto la articulación de estas zonas a una economía mundial clandestina. Sin embargo, debido tanto a las depresiones cíclicas del producto, como a la presión internacional que lo combate, los colonos han querido sustituir la coca por productos tradicionales de consumo familiar. ¿Pero, será posible hacerlo sin mercados que ofrezcan una alternativa real de ganancias dignas, que permitan la incorporación de miles de familias dentro de niveles de ingresos cercanos a los de otras clases menos necesitadas?

Como consecuencia de los acuerdos de paz y cese al fuego, pactados entre el gobierno colombiano y la guerrilla<sup>120</sup>, en el Caguán se intentó negociar una sustitución de la coca para evitar que el Estado encubriera acciones militares en contra de la guerrilla. Pero los mismos colonos reconocieron que debían cultivar y vender alguna coca para obtener recursos económicos que les permitieran mantener vigentes los acuerdos de sustitución agrícola. Así, la coca terminó convertida en una verdadera **economía de retaguardia** y en el recurso financiero que el Estado colombiano no está en condiciones de satisfacer. La carencia de créditos es substituida hábilmente por los campesinos con cultivos de coca, en dimensiones que cubran apenas lo suficiente para atender las necesidades básicas de circulante monetario. "Estamos sembrando maíz", dijo un colono y líder comunitario del pueblo de Remolino, en las selvas del Caquetá, con quien se debatía el

118 Citado en J. Jaramillo, op. cit., p. 117; A. Molano, op. cit., p. 99, "Las chagras se abandonaron, el pueblo empezó a quedarse solo", cuando llegó la crisis a Calamar (Vichada).

119 F. Artunduaga B., op. cit., p. 185.

120 Comisión de Superación de la Violencia, *Pacificar la paz: lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz* (Bogotá, 1992).

fenómeno de la extinción del cultivo de la coca, para luego agregar:

tengo un vecino que tumbó 24 hectáreas; es cierto que tiene unas maticas de coca pero invirtió ese dinero en tumbar 24 hectáreas y las sembró de maíz, pasto, plátano y yuca; y si el colono aprovecha estos dineros para esto... la economía subterránea se convierte en una producción de artículos de primera necesidad<sup>121</sup>.

He aquí una alternativa real para quienes escriben sobre la urgencia de sustituir el cultivo, sin ofrecer soluciones concretas a los campesinos de los Andes. De ahí que asistencias económicas de 65 millones de dólares prometidos por Estados Unidos para suplantar el cultivo, parecen ser más un sueño americano. ¿Si la coca proporciona a los campesinos de la Amazonía peruana unos 200 dólares semanales, entonces semejantes dádivas podrán ofrecer una alternativa real?<sup>122</sup> Esta ayuda apenas serviría para atender el ingreso de una semana de los campesinos del Alto Huallaga. Si gran parte de esa ayuda de convierte en armamentos y municiones, entonces tenemos razones para no ser optimistas sobre la política de sustitución de cultivos.

Campesinos del poblado de Santo Domingo, en el Caquetá (Colombia), afirmaron en un día de julio de 1985, que había disposición de la comunidad para acabar con la coca, siempre y cuando hubiera reivindicaciones para la región. Y acto seguido precisaron:

Se le ha dicho a la gente sobre la siembra de pastos, del maíz, de la yuca, el plátano; ...aquí la gente ya está pensando en acabar con el cultivo de la coca como medio de renta que tenían anteriormente..., es decisión de las masas mismas; pero se quiere algo sumamente importante, que es la ayuda del gobierno, de todas las instituciones que puedan prestar la ayuda, para facilitar el medio de que se pueda cam-

biar la forma de producción y la forma de renta para los colonos. Aquí podría acabarse la coca sin necesidad de que venga el ejército a sacarla y sin necesidad de que haya fumigación aérea...<sup>123</sup>

Si bien es cierto que la coca llegó un día al Caguán y mostró sus ventajas, la crisis dejó al menos una alternativa complementaria de ingresos a una sociedad marginal. El ciclo corto no sólo dejó la soledad, y la incertidumbre como en otras regiones, sino lo que hemos llamado una **economía de retaguardia** capaz de evitar el hundimiento de esta frontera entre el simple autoabastecimiento y el autoconsumo.

Estos problemas se reprodujeron en otras regiones como el Guaviare, cuya población pasó de 90 mil personas a 300 mil durante la época de la bonanza que terminó hacia 1985, con la caída de los precios de la coca. La pasta había alcanzado a valer 500 dólares el kilo y como por encanto llenó de gentes extrañas y transhumanentes pueblos como Miraflores, La Carpa o El Retorno. La misma que se esfumó con la dramática caída del precio a 300 dólares el kilo:

La gente que hormigueaba bajo el calor pegajoso de la calle que atraviesa el caserío (de El Retorno), desapareció cuando la coca perdió precio. Lo mismo ocurrió con la zona de tolerancia, donde los comerciantes de la coca bebían hasta el amanecer, acompañados por más de cien prostitutas que hace diez años cobraban hasta siete mil pesos<sup>124</sup> por una noche de placer<sup>125</sup>.

Con la crisis llegaron los proyectos de rehabilitación y de sustitución de cultivos propuestos por el Estado, por medio del Plan Nacional de Rehabilitación que invirtió más de 22 millones de dólares en programas de mejoramiento de infraestructura, créditos y salud. Sin embargo, en 1991, cinco años después, los campesinos vuelven a sonreír porque la coca ha subido de precio. Ha pasado nuevamente a 510 dóla-

121 Citado en J. Jaramillo *et alter*, op. cit., p. 121.

122 *El País* (Madrid, 14 de enero de 1990).

123 Citado en J. Jaramillo *et alter*, op. cit., p. 121.

124 Unos 110 dólares, en 1981, año al que se refiere el texto.

125 *El Tiempo* (julio 14 de 1991), p. 1B, José R. Navia, "Guaviare: la gran tenaza de la coca".

res el kilo. Producir este kilo le cuesta a los campesinos 350 dólares, y ocho hectáreas de tierra cultivada. El hecho de que los campesinos cultiven aún 10 mil hectáreas de coca en chagras de una a 40 hectáreas, obedece al fracaso de la política de sustitución que el Estado quiso realizar y a las dificultades económicas para pagar sus créditos. "Yo sembré cacao pero ese cultivo dura cuatro años para producir y no he podido pagar el préstamo", afirmaba un joven colono de Miraflores.

La corrupción, los créditos hechos unos a forasteros que luego desaparecieron y otros mal planificados, así como las dificultades del transporte, atentaron contra el deseo de los campesinos y del Estado de que se volviera a cultivar cacao, maíz, plátano o yuca. Las promesas gubernamentales de comprar las cosechas se fueron saliendo de estas fronteras, tras las huellas de los tránsfugas y forasteros. Sacar una carga de maíz hasta Miraflores costaba 18 mil pesos, mientras que el Instituto de Mercadeo Agropecuario (Idema) les pagaba la carga a 13 mil pesos. Como sustuvo el colono que sufría estos desencantos: "Al final el maíz se lo comieron los micos y los marranos y nosotros volvimos a la coca. Un kilo de base lo traemos por puchitos en los bolsillos".

La gran paradoja fue que estos colonos para pagar los créditos otorgados por el Estado para realizar la sustitución, tuvieron que seguir cultivando coca, que era precisamente lo que se quería evitar. Un campesino manifestó que "allá todos tenemos que vivir de la coca. El año pasado (1990) sembramos maíz y la cosecha se perdió porque valía más el transporte que lo que pagaba el Idema"<sup>126</sup>.

Aquí, como en otros poblados, las guerrillas juegan un rol muy importante entre el Estado, los colonos, el desarrollo económico y la regulación del orden político. "La guerrilla es prácticamente la dueña de la zona rural", pues la acción del gobierno es muy "tímida

ante los problemas del Guaviare", sostuvo el obispo de la zona<sup>127</sup>.

El narcotráfico arrastra consigo componentes de violencia pero no es el único generador de la misma. Lo que ocurre es que la fuerza de su riqueza y poder ha encontrado un clima contaminado en donde practicar su propia justicia, para entrar en el juego de otras fuerzas económicas que en el pasado han actuado del mismo modo.

El sustrato de violencia del mundo informal de nuestra economía y sociedad, contribuyó a dimensionar la capacidad criminal de este sector. De igual modo los viejos actores del conflicto, ante las perspectivas de un nuevo horizonte de violencia, acomodaron sus tácticas y estrategias a la lógica del enfrentamiento armado.

Lo más dramático es que este escenario lo aprovechan otras fuerzas policivas del mundo como la DEA, para planear su propia guerra y sus propias estrategias de presión al Estado colombiano y a sus fuerzas de seguridad, para que actúen sin consideración contra lo que ellos y los Estados Unidos consideran una guerra prioritaria contra sus enemigos en Colombia. Un periodista español al comentar lo que había ocurrido con la última gran operación de la DEA en el mundo, en que cayeron italianos, colombianos, españoles y otros, decía: "La mayor redada de droga del siglo tiene la rara particularidad de que no ha caído ni un solo norteamericano, a pesar de haberse desmantelado una red que distribuía, al parecer, dos tercios de toda la cocaína consumida en Estados Unidos"<sup>128</sup>.

## CONCLUSIONES

Hemos querido llamar la atención sobre la importancia histórica de la coca en la formación de espacios económicos en América Latina. Hasta 1975, la coca estuvo ligada esencialmente a mercados internos. Despues de este

126 Ibid.

127 Ibid.

128 Juan Tomás Salas, "La gran redada", en Cambio 16 América No. 1090 (12 de octubre de 1992), p. 3.

año, gracias a la industrialización de la hoja de coca que se transforma en cocaína, se potencia la formación de una economía mundial. En este proceso de transformación, la industria química de los países desarrollados juega un papel fundamental en el éxito de este mercado, al igual que los productores de armas y las industrias de la publicidad. Puesto que los países andinos ni producen armas ni químicos, ni tienen una industria cinematográfica de primer orden, corresponde a los Estados Unidos y a Europa ejercer el monopolio en el abasto de dichos productos básicos para la producción, la circulación y la difusión de la cocaína<sup>129</sup>.

La cocaína se convierte en un nuevo producto de exportación que se desarrolla, como las economías de ciclo corto de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en zonas periféricas, introduciendo múltiples deformaciones en el interior de las sociedades a las cuales seduce con los encantos de un enriquecimiento fácil. Es lo que llamamos las Bonanzas. Ellas son capaces de iluminarlo todo, pero al arribar la crisis, apenas quedan los sectores que pudieron acumular y que van a constituirse en los futuros gestores del desarrollo privado. A su alrededor vuelven a medrar los miles de paisanos a los que la bonanza no les dejó sino para satisfacer parte de sus demandas insatisfechas y en consecuencia no alcanzaron a acumular.

Cuando los promotores ingresan en poblaciones aisladas del control del Estado, la justicia privada encuentra mecanismos de desarrollo y operatividad. Esta violencia, propia de economías de exportación de ciclo corto, adquiere en Colombia, con la coca-cocaína, dimensiones muy particulares como consecuencia del clima de violencia que caracteriza a nuestra sociedad. Violencia que contribuye a hacer más cruel la criminalidad que practican estos poderosos se-

ñores del alcaloide. Aquí la industria armamentista encuentra un mercado sin igual<sup>130</sup>.

Los aspectos generales analizados sobre el impacto del mercado de la cocaína en localidades del Amazonas y de los Andes, no implican que la economía en su conjunto no hubiera derivado una serie de beneficios, conforme lo han demostrado los economistas encargados de analizar el fenómeno. Las simples inversiones en construcción, en finanzas, en ganadería, en cultivos de coca, así como en transportes y servicios han generado un alto volumen de empleo. Se ha dicho que un 3% de la fuerza laboral colombiana, unos 250.000 empleos, dependerían de esta economía negra<sup>131</sup>. Pero el negocio de la cocaína es sólo un componente de la economía ilegal que opera paralelamente en Colombia, que contribuye a la generación de divisas y al desarrollo nacional<sup>132</sup>.

No es entonces acentuando las guerras como la sociedad colombiana podrá resolver sus problemas internos de crecimiento y desarrollo. Es contradictorio combatir la lógica violenta de un sistema, con la irracionalidad violenta generada en la simple moral. Toda pretensión de monopolizar creencias e ideologías conduce a la intolerancia y a cruzadas sangrientas por parte de quienes creen tener el patrimonio de la verdad.

Debemos comprender que la coca se inscribe dentro de movimientos económicos de ciclo corto, que han sido tradicionales en la historia de América Latina. La coca, como producto factible de ser transformado en cocaína, no genera miseria ni violencia por el sólo hecho de moverse en los circuitos ilegales en que se mueve. Si fuera así, otros países productores de coca reproducirían los cuadros de terror de Colombia. Si en Perú y Bolivia la coca puede

129 Las nuevas series de cine y televisión ya no tienen como tema a rusos feroces o a nazis criminales sino a los carteles de la droga de Colombia. Es el nuevo enemigo a vencer y... a vender.

130 No conozco un estudio sobre cuántos millones de dólares ingresan a los fabricantes de armas en Estados Unidos, Europa e Israel, por ventas de contrabando hechas a sediciosos de todo tipo en América Latina, incluidos, por supuesto, los sofisticados armamentos de estos grupos de traficantes.

131 S. Kalmanovitz, "La economía del narcotráfico en Colombia", en *Economía Colombiana* (Bogotá, 1990), p. 21.

132 Roberto Junguito Bonnet y Carlos Caballero Argáez, "La otra economía", en *Coyuntura Económica*, vol. VIII, No. 4 (Bogotá, diciembre 1978), pp. 103- 139.

respaldarse sobre la fuerza histórica de su producción y consumo, en Colombia la coca se respalda esencialmente sobre la fuerza histórica de una violencia endémica. El contexto preexistente es el que ha conducido a que el carácter clandestino de la coca se haya convertido al mismo tiempo en causa y efecto de nuevos niveles de violencia. No olvidemos además que cuando la ganancia del capital es del 300% "no hay crimen que lo arredre, aunque corra el riesgo de que lo ahorquen"<sup>133</sup>.

Igualmente debemos comprender que los efectos deformantes sobre la sociedad no pueden explicarse por la legalidad o ilegalidad de cultivar, extraer y transformar un producto. Todos los productos de ciclo corto nos han dejado miseria y a grupos exportadores enriquecidos, capaces de invertir en sectores dinámicos de la sociedad latinoamericana. Algunos cultivadores de marihuana terminaron transfiriendo sus ganancias al cultivo del café y otros convirtieron sus fincas de marihuana en fincas cafeteras<sup>134</sup>. El guano invirtió en el azúcar, la quina en armas para las guerras civiles y la coca en ganadería, en construcción, en finanzas, y también en armas, tanto para su sostenimiento, como para su legalización y defensa. En la actualidad 3 millones de hectáreas (30 mil kilómetros cuadrados) de la tierra apta para la ganadería se encuentra en manos de los comerciantes de la cocaína<sup>135</sup>.

Es cierto que, como contrapartida, tales productos arruinaron aquellas regiones en donde floreció su explotación y su transformación. Incluso crearon profundas alteraciones ecológicas. El procesamiento de la coca contribuye a la contaminación de los ríos pero,矛盾icamente, como en el Vaupés, permitió que los cazadores de pieles de animales salvajes dejaran el oficio para trabajar en actividades más rentables y que ciertas especies salvajes tuvieran un respiro frente a los buscadores de pieles. Pero hay que preguntarse sobre el impacto de esas grandes unidades en las estruc-

turas agrarias tradicionales, sobre todo desde el punto de vista de las condiciones de vida de los trabajadores y las relaciones de los neohaciendados con las aldeas y municipios en donde se ubican.

Entonces, lo que se encuentra en el trasfondo de las precedentes reflexiones, es la necesidad de estudiar el carácter de nuestro capitalismo dependiente y la naturaleza de nuestras economías dispuestas siempre a satisfacer demandas externas. Un capitalismo periférico que se nutre simplemente de los espejismos del mercado exterior. Esta actitud cultural, fruto del colonialismo, nos coloca frente a la aventura de participar de todo tipo de ventajas comparativas, sin reparar en los efectos sobre el ordenamiento social.

Tal vez los pasos más difíciles ocurren con la política de reconocimiento del narcotráfico como una fuerza no tanto política, sino económica. Dado el alto grado de intervención de los Estados Unidos en la vida interna de los países latinoamericanos y su creencia de que sólo con la guerra podrá extinguirse la producción y por ende el consumo de la droga, las medidas del gobierno colombiano sufrirán las presiones de los países consumidores, para que su política se acomode a sus intereses. Y los colombianos tendremos que seguir viviendo el trauma de una sangría absurda.

También es posible que un día nuestros vecinos invadan un país de los Andes, con el apoyo de Occidente, y decidan controlar la coca creando enclaves, como hicieron con las repúblicas bananeras. Entonces legalizarán la coca, la mejorarán y la industrializarán a gran escala, para venderle las patentes a España, a Francia, a Italia y a Inglaterra. En el Cuzco ya no se tomarán infusiones de coca elaboradas primitivamente y nuestros indígenas dejarán de mascarla diariamente, mientras evaden su hambre y raquitismo. Será importada desde territorios extraños, en sofisticados envases de

133 Citado en Karl Marx, *El capital* (Siglo XXI editores, México, 1975), vol. 3, p. 951, nota 250.

134 ANIF Marihuana..., cit., p. 140.

135 *El Tiempo* (Bogotá, 31 de enero de 1993), p. 8A. Esto constituye un tercio de las tierras aptas para la ganadería en Colombia.

todo género y con etiquetas de pronunciación confusa.

Así la coca se habrá convertido en un producto de importación en América Latina, los llamados narcotraficantes reconvertidos en contrabandistas o en sanos representantes de multinacionales y los cultivadores convertidos en peones, vigilados por un Estado que defenderá la legitimidad de un producto que explota el capital extranjero, para beneficio de nuestro desarrollo.

La actual fase de producción y comercialización será entonces otro capítulo más de debate sobre los ciclos de exportación de productos tropicales en América Latina y abundarán los sofisticados análisis sobre lo que los economistas llaman la pérdida de oportunidad. Entonces volveremos a leer que: "Una sola organización, norteamericana, dueña de 54 corporaciones, transporta 38 millones de dólares por venta de hachis, de Pakistán a Tailandia, anualmente"<sup>136</sup>.

---

136 Paulina Gómez, "El imperio subterráneo: donde el crimen y el gobierno se abrazan", en *Texto y Contexto...*, cit., pp. 157-8.